Josefina Peñate y Hernández

Caja de Pandora



1930

SAN SALVADOR

—

IMPRENTA «LA REPUBLICA»



INDICE



EN este LIBRO como en la mitológica CAJA van encerrados todos los males que afligen a la Humanidad. Al abrirlo no dejaréis escapar alimañas ponzoñozas sino lamentos, sollozos, maldiciones.... La garganta de la mujer ensaya aquí todas las vocalizaciones: desde el canto y el gemido hasta el grito airado de protesta!!

Este devocionario del amor y del dolor va como una OFRENDA DEVOTA a la gentileza de los doctores SARBELIO NAVARRETE y PEDRO VALERIO VIDES.



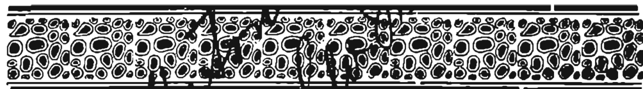
PARRAFO LIMINAR

SOY un alma. Paso envuelta en los tules del Ensueño, en las áureas dalmáticas de la Eternidad. Mis dolores, mis inquietudes, mis anhelos de belleza, mis aspiraciones a subir la escala luminosa de Jacob, han sido la estrella solitaria que coronara mi frente. Mi arcilla, mi lodo, ha descendido a los légamos de la vida misma, de todas las miserias y de todas las amarguras. . . . De ahí se ha empinado con todas sus potencias sensitivas para restar a su espiritualidad luminosa la tara positivista.

Retazo de todas esas inquietudes, de todos esos pecados y de todas esas locuras son mis páginas, alumbradas y purificadas por los resplandores de esa estrella, que ha sido a manera de guía luminoso para tornar purificada al NIRVANA!!!

J. PEÑATE Y HERNANDEZ.

Santa Ana, Rep. de El Salvador, A. C., octubre de 1930.



La Que Nunca Fue Virgen

¡VISTAS al lago! El Coatepeque parecía una inmensa pupila embrujada de azul que desde su lecho de arenas copiase la belleza de la Naturaleza pródiga. ¡Hora del bochorno! Las libélulas o caballitos del diablo volaban al ras del agua: éstas parecían dormidas, apenas un leve soplo rizaba su tranquila superficie. Los cocoteros mecían su copa de plumas como queriendo refrescar la pesadez de la hora, tal parecía que el céfiro que jugaba entre las frondas y que venía a besar el rostro fuese el vaho caliginoso de un horno! Automóviles pasaban veloces, como enormes saetas de hierro que fuesen portadoras no de la muerte, sino de la vida: caravanas de hombres locos, ebrios de placer, y de mujeres hermosas que van buscando las playas veraniegas donde entretener sus ocios de eternas desocupadas.

Carmela asomada a la ventanilla del elegante hotel esperaba la llegada de Luis, aquel hombre serio y elegante, taciturno y cariñoso, que tantas veces habíala dicho que la amaba y que estaba dispuesto a probarle su amor! En la

dulce espera, ella dejaba vagar sus ojos azules por el paisaje, aquel paisaje encantador que tanto hablase a su alma de enamorada! Y pensaba en él.... si no hubiese recibido su carta. ¡Si la hermana celosa e imprudente la hubiese atrapado para enterarse de su contenido y tratar de coartar sus relaciones amorosas!... Y recordaba las palabras de la misérrima Elvira, una virgen enteca y débil, color de cereza marchita: «Estaría bien que una pelandusca cualquiera fuera a arrebatarle su hermano, y lo que era aún peor, la herencia de aquel hermano rico que un día llegara mozo, desvalido y triste a la gran ciudad, y que después de grandes economías logradas a costa de grandes privaciones, lograse reunir su caudal, para que esta petrimetre con aires de gran señora viniese a arrebatárselo, porque sí, sin más razón que ésta».

Las palabras hirientes resonaban como un eco en los oídos de la desventurada Carmela que había adorado a su Luis con locura, con abnegación, con amor.... Recordaba sus entrevistas en la casita risueña de la gran urbe: aquella casita chiquita y blanca como una paloma perdida entre naranjales en flor y bordada de jazmineros floridos. Recordaba sus citas en el balconcillo discreto, en altas horas de la noche, a primeras horas de la mañana, cuando huyendo de las lenguas de las comadres y para darle un sabor más dulce a la entrevista, conversaban largamente sin apenas darse cuenta de la clarinada aguda de los gallos que advertíanles la proximidad del día y dábanles tiempo, para salir huyendo él en busca de sus quehaceres en la barriada entre hombres tahures y mujeres de vida equívoca, y ella a su lecho, a donde llegaba de puntillas, con astucias de gata. Arropábase, y ya bien alto el sol en

los palios divinos de los cielos bordados de nubes color de naranja, se levantaba envuelta en sus grandes kimonos suntuosos bordados en ricas sedas y copiando paisajes chinos, con un rostro desencajado donde las ojeras se marcaban delatoras con sus violados círculos, con un andar tambaleante de ebrio. ¡Largas noches de insomnio teníanla así, en aquel estado espectral! La tía Remedios, una viejecita aspavientera y flácida de carnes, en cuya casa ella vivía y a cuya custodia era confiada, interrogábala amorosa: ¿Qué tienes, Carmela, hija mía? ¿Qué te pasa? ¿Por qué esa palidez en tu semblante? Ah, sí, ya lo sé.... decíale sonriendo picarescamente: ¡Es el amor! ¿Y cuándo se casan con Luis? Carmela sonreía con una sonrisa triste que más bien equivalía a una lágrima, lágrima rodada en el silencio, en la lobreguez de su alma agitada por todos los dolores, por todos los desengaños... !

Casarse con Luis... ! ¡Qué escarnio! ¿Acaso no era eso lo que ella ardientemente deseaba en lo más íntimo de su corazón? ¿Qué sería de ella si su corazón fino, si su alma amante fuesen despreciados por aquel hombre que en tanto tiempo de su vida fuera un punto luminoso al rededor del cual hubiese girado su destino? La última tabla de salvación, el último asidero que se le presentaba en el naufragio, el naufragio moral de todas sus ideas, y de toda aquella perspectiva de honestidad, de recato y de esperanza que ella quería que hubiese regido su vida, era Luis.... Pero la última noche aquella de la última entrevista él habíala pedido algo: ¡Una certeza para decidirse!... Una certeza.... ¿Certeza?... y de qué, Dios mío? Y la amargura de la desilusión como un crótalo de fuego, parecía retorcerse con fuertes espasmos en su pecho. Certeza de que había sido buena,

de que era honrada, de que un hombre jamás había tocado aquellas carnes que él sólo quería poseer! ¡Han hablado tánto de tí las lenguas desocupadas, decíale, que yo no quiero que más tarde una carcajada infame suene a mis espaldas haciendo irrisión de mi fe y de mi santa candidez! ¡Con que sí, o te decides a dejarme cerciorar mi capricho que es mi última voluntad, o nos despedimos para siempre, pues yo no soy de los hombres niños que se rigen por las farandulerías de una mujer! ¡Conque acaba y responde!

Una espada rompiendo una a una las fibras de su corazón angustiado hubiera sido quizá más noble que aquellas palabras hirientes pronunciadas por los labios que más había amado. Un largo silencio siguió a los suspensivos de fuego. La gentil cabeza se inclinó abatida y taciturna sobre el marmóreo pecho y los labios de encendida rosa replicaron: Luis, tú eres truhán, malvado y pérfido como todos los hombres. Pretendes cerciorarte de mí para enseguida hablar más y mejor de aquella que tuvo la debilidad de acceder a tus caprichos infames. Que no se oiga hablar más de ésto entre nosotros ya que yo tendré el suficiente valor para ahogar tu capricho en mi pecho y poner un guión eterno entre los dos».

Fríamente dióle su mano Luis y se alejó diciendo: «y tú eres como algunas mujeres que después de jugar locamente el carnaval de la vida, buscan un hombre honrado para continuar el juego con él y legarle a hijos inocentes todo un pasado oscuro y bochornoso».

Vióle perderse por aquella calle solitaria alumbrada regiamente por grandes focos de 500 wats. Iba meditativo y triste tomando las palabras de Carmela por el más grande desprecio y frialdad. Y reflexionó: El no lo tole-

raría, estaba acostumbrado a quebrantar la voluntad de reales hembras; habíales humillado sus pretensiones y su orgullo a muchas.... y después de llevar una vida loca y orgiástica, hoy que ya iba descendiendo, hoy que el sol de su vida empezaba a declinar, a trasponer las montañas de la eternidad, él había encontrado a Carmela, el tipo de la mujer que encantábale, y admirado de aquel temple moral y de aquellas cualidades que adornábanla trató de hacerla la madre de sus hijos, de los hijos que él soñara: criaturas perfectas que heredasen el abolengo espiritual de su madre, y sus dineros de él, todo aquel dinero amasado con el sudor de su frente; y su apostura y gallardía de buen hijo del sur! Pero voces audaces habían llegado hasta su soledad a denigrar el nombre de aquella mujer, santa y divina en los altares de su afecto. ¡Y los celos, los terribles celos se enseñorearon de su corazón! Y decidió por fin probar, y unirla para siempre a su destino o alejarse para siempre buscando la buenaventura en otras encrucijadas! ¡Y así fué! ¡La ventura por su lado pasó cantando, y se fué muy lejos con sus crótalos locos y sus sonajas de oro!

II

Como en una encantada cinta todo pasó ante los ojos de Carmela: retiróse del balconcillo sintiendo agudos dolores, y al mismo tiempo una profunda indiferencia mezclada a un tanto de asco por la infame proposición de Luis. Pero recordaba todavía sus últimas palabras. El no pretendía hacerla daño, causarle un rompimiento en su vida con el honor, con todas las delicadezas de una mujer. Solamente cerciorarse por un rápido contacto de si era virgen o si mentía. Si ella fuese franca al

confesarle cualquier falta, él perdonaríala y dispuesto estaba siempre a reparar la falta de otro. Pero exigíale franqueza.

Los sollozos apretáronle la garganta.... Ella era huérfana, hija de todos los caminos; habíase criado en la miseria, había sido recogida por piedad en un convento donde la caridad proporcionárale una brillante educación que le abrió las puertas de la sociedad dándole derecho a un porvenir. Después de los años de enclaustramiento en que ella se familiarizó con la lengua de Laercio y los más brillantes idiomas modernos; con Liszt y Chopin en el clave sonoro; con los más escogidos autores que manejaban al antojo y con gallardía su idioma, ella salió al mundo con una segunda alma, aquella que le formase una ilustración escogida. Allá en aquella casa solariega, donde era profesora de la enteca Elvira, allí conoció a Luis, el hermano enérgico que se acercaba cauteloso siempre que la indómita y torpe muchacha no ponía cuidado a las lecciones de su simpática profesora. Ella sólo eso sabía, sólo de eso se acordaba: de su vida retropróxima anterior..... Pero su infancia, apenas si la recordaba con profunda amargura, había sido tan desgraciada! Huérfana a los pocos años de entrar en la vida....! Y para lo que valían moralmente sus padres! Un par de pillastres ayunos de conciencia y de moralidad, que vivían ante sus ojos en una promiscuidad vergonzosa, sin respetar su inocencia ni su infantil edad. Recordaba las palabras canallescas de su madre, una mujer hercúlea y desaseada, poco preocupada de la honestidad, que la enviaba imperativamente a jugar con la turba de chiquillos desarrapados de la barriada, para quedarse ella entregada a torpes placeres con el marido....

III

Todos esos recuerdos pasaban veloces martirizándola. Recordaba la desolación con que se había prosternado ante su tía, una honrada viejecita que habíala recogido de vuelta de su orfandad y cuando para ella era un orgullo tener en casa una señorita tan distinguida! Su plegaria aún vibraba con los trémolos de la más intensa amargura: «¡Señora, mi único sostén, yo concederé a Luis ese capricho y si la muerte impía quiere que sus temores se confirmen, yo me mataré. No seré su amante porque soy muy digna y orgullosa, pero me mataré porque le adoro y no podré resistir su desprecio». Así en este estado de cosas había venido hasta estas playas a reconfortarse, a convalecer de tantas emociones, pero el Lucifer malvado había vuelto a encender terriblemente aquella hoguera y habíale escrito a Luis aquel despacho rápido diciéndole que le esperaba. Y allí estaba junto aquella ventanita esperando ver al hombre adorado bajándose del automóvil. Minutos después estaban juntos. Presos de intensa emoción. Turbada y estremecida ella, anhelante y desesperado él. ¿Has pensado lo que te dije, has creído que es natural y conveniente, y accedes por fin? Díjola cubriendo de besos su rostro de alabastro y su linda melenita rubia. Ella sentóse desfallecida sobre el diván; acercóse él; el cefirillo jugaba entre los pliegues de su espléndida bata turca......... puso sus manos en ademán de petición y de promesa y ....
¿ . . . . ?

La figura de Luis, así, indignado, parecía más alta. «Por qué pretendías engañarme, di?

Por qué te resistías fingiendo una pureza que estaba muy lejos de tí? Estaba en lo cierto cuando dudaba, me he convencido........No necesito hacerte mía, soy hombre audaz a quien el vaivén del mundo le ha enseñado sus secretos y sus perversidades; estoy conforme y desengañado. ¡Pero te amo! Bien, me casaré con tigo! Pero con una condición: Serás primero mi querida, para dejar conforme este mundo perillán que me tomaría pelo de tonto; y por hoy me dirás el nombre de tu amante o de tus amantes, para labrarte una vida seria y digna y evitar que esos audaces algún día siendo tú mi esposa, puedan plantarse de improviso ante tí».

Y clavaba sus miradas interrogadoras. ¡Como una hoja temblaba Carmela! Temblaba aturdida por el golpe, por el dolor, por la incertidumbre. ¡Todo eso es falso! ¡Yo no he tenido amante ni amantes.........¿Qué nombres poder citar cuande he sido pura........?»

—Pura, pura, bah, qué música, soy acaso un niño?

—Y no sabes, dí, no has leído tú en los tratados de Medicina que habemos mujeres de tal modo constituidas que jamás tenemos virginidad? Conforme a razón la honestidad y la pureza de una muchacha están basadas en su reputación. ¡Tráeme aquel que diga haber sido mi amante, y si me lo confirma al frente, entonces podré complacerte. ¡Además, nosotras las infelices mujeres podemos entrar de la doncellez a la vida plena por un golpe, por una caída, por cualquier cosa de esas que afectan el organismo femenino profundamente! ¿Quién podría darte derecho para dudar?

—Leído, haber leído.....todas esas son embusterías. Solamente el contacto con el varón puede iniciar en ese camino a una mujer. Con que, mírame bien el rostro, déjate de niñerías

y sé razonable. ¿Tengo razón o nó? ¿O quisieras tú que tu marido fuera un hombre mentecato capaz de tragarse los más grandes embustes?

—Bien: supongamos que fuera cierto cuanto dices. No sería tan indigna de ser tu amante después de haber sido tu novia, la mujer que socialmente has presentado como tu futura mujer. Eso implicaría en mí una enorme mentecatez y tú no querrías tampoco que tu mujer fuera tomada como una mentecata capaz de comulgar con ruedas de molino. Si descendiera a ser una cualquiera, una perdida, lo sería a sabiendas y por el camino del amor...... Pero, nunca........Oye, Luis, si yo pudiera contarte mi vida, mi infancia dolorida, mi niñez desamparada....... e hipó un sollozo.........yo no recuerdo; estaba tan chica y abandonada. Era un ángel sin noción de la humana perversidad.......Pero mejor, adiós; lo mejor es separarnos para siempre! Y le tendió por vez postrera su esbelta, su marfilina mano. El la apretó convulsivamente, y..........se fué hacia el porvenir, dejándola a ella, la divina, entregada a un injusto martirio; tenía que responder del pasado, de ese pasado maldito que no nos pertenece, que es solamente de Dios, del destino!

IV

Con una risa histérica, Carmela en medio de su desolación se yergue y dice con palabra donde vibra la demencia: «Hombres miserables, injustos, crueles. ¡Como si en la vida no tenemos los mismos derechos, si se quiere debe ser más fuerte nuestro derecho porque somos más débiles. Por qué se nos exige pureza, por qué,

si nosotras al marido no le pedimos nada semejante, si llega enlodado y pervertido al tálamo? ¿Por qué la ley es tan injusta, por qué la sociedad es tan monstruosa de dictar normas en contra de la razón y de la suprema justicia? ¿Por qué todas las mujeres no nos rebelamos para formar una casta de hombres escogidos, una era nueva que sea más humana, más racional y más justa? ¿Por qué el talento, el alma, la belleza espiritual de una mujer puede pasar inadvertida o manchada, tan sólo porque *físicamente* está desposeída de un falso encanto? Por qué?

Bah, tonterías y más tonterías, injusticias y más injusticias; y si fuese cierto.........si otro hombre hubiese hecho suyo mi cuerpo sin haber sentido la más pequeña partícula de esa enorme tontería que se llama Amor y a la cual idiotamente hoy me he entregado, qué más daba?...........¿Pude acaso, por eso, corromper mi alma? Vanitas, vanitas, de ese animal puntilloso que se llama hombre! ¡Vanidad loca que le lleva a creer que entre los muslos de una hembra tiene eso sagrado, eso alto que se llama HONOR! No importa: yo seguiré mi camino donde la estulticia humana ha arrojado el más grande girón de sombra......!» Carmela sonríe bajo el peso de su dolor......!

La bocaza del abismo tiene abierta sus puertas ampliamente para dar paso a un alma, a un alma buena que envuelta en los almos velos de la congoja va serena hacia la altura!!!





¡ANAFK!

EN aquel salón severo sonaba augusta con timbre grave la voz del viejo militar. ¡Su hija, la gentil Dolores, tenía talento! ¡Ya se lo había dicho la maestra de primaria! Era necesario educarla. Y aunque sus recursos no eran tan abundantes, el imperativo de formarla le haría poner buena cara a las privaciones y hacer migas amistosas con la necesidad.

Mira, Eugenia, mira a nuestra hija, es un encanto; se parece a nuestra Señora La Dolorosa, la divina Santita de su nombre, la Madona de los siete puñales! ¡Tan bella y tan buena! ¡Has visto cómo juega? Allí en la grava del jardín con su dedito traza rayas y rayas, como si fuesen de una geometría complicada! Y cómo se queda embebecida contemplando las rosas encarnadas de los rosales, y cómo escucha el canto melodioso de los dulces prisioneros de las doradas jaulas . . . . . . ¡Sí! En mi hija hay un alma que yo trataré de despertar con las más exquisitas sugerencias, con las más poéticas y elevadas insinuaciones a esta tragedia de la vida; ella debe pertenecer al elemento fuerte, al elemento preparado, porque de los fuertes es la vida. ¡Los débiles no

son sino el escaño que lleva a los poderosos a reinar sobre lo creado, dueños absolutos de la situación, amos y señores de la tierra! Para los débiles dijo el Señor que era el reinado de los cielos ...... pero ¡horror! Yo no quiero ese reinado para mi hija. ¡Su nombre perpetuará el mío, será el arco-iris que se tenderá sobre el cielo ensombrecido de nuestras vidas que ya declinan envueltas en borrascas; cuando yo muera ella cerrará mis ojos a la humana maldad que tanto me ha perseguido, y su voz, y sus acciones, me seguirán más allá de los páramos ensombrecidos de la muerte! ¡Oye, Eugenia, nuestra hija, la preciosica Dolores se educará en un colegio! Dispón lo conveniente, que desde chico se prepara el árbol para que pueda rendir los apetecidos frutos ...... !

II

Mucho tiempo pasó Dolores en la reclusión; allí se relacionó con lindas chicas hijas de acomodadas familias; allí aprendió a ser fuerte y a ser buena. Con las privaciones se templó su carácter y se formó su alma adamantina. ¡Y cuán dura escuela y con cuánto tiempo de anticipación había tenido que seguir!

Los días de salida cuando todo el alumnado interno loco y regocijado contaba sus cobres, repartía sus centavos para gastarlos pródigamente en golosinas, ella a un lado, meditativa y triste, miraba todo aquello pensando dolorosamente en la tristeza de ser pobre ...... ! Dichosos los ricos! se decía, y pensaba en sus padres, amorosamente, resignadamente, y entonces como si todo el dolor hubiese volado de

su corazón, como un ave negra; se llegaba pajarera gárrula abierta al sol, cantando satisfecha y alborozada a donde estaban sus demás compañeras que la apreciaban por su bondad, inteligencia y muestras de compañerismo. ¡Toma, toma, decían! No te apenes, por qué? La escuela, amiguita, es el principio de la democracia. Si aquel señorón de lentes que dá Conferencias en la Sociedad Estudiantil y a las cuales asistimos, que las siembra de tantas palabrejas cuyo sentido apenas comprendemos, nos demostrara que hay que ser humildes, unidos, y que debemos prestarnos ayuda recíproca, entonces ya sería otra cosa, es decir labor efectiva y real!

Ella sonreía, y cuando ya de vuelta, antes de acostarse sacaba de su baulito de pino el retrato de sus padres, los cubría de besos, sintiendo su pecho aliviado de un peso enorme: el peso del abandono y de la soledad! Y decía: He de apurarme, he de aprender tantas cosas y he de ayudarles. ¡Qué alegría la de padre cuando vea entre sus manos mi Diploma!

Así transcurrieron muchos meses! Ella ya cursaba los últimos años! Las exigencias eran muchas, y las escasas rentas del viejo militar apenas si alcanzaban a llenar tanta necesidad! El además estaba tan enfermo y tan achacoso.........de un momento a otro vendría a libertarlo de esta cárcel la gran liberadora, aquella flaca de enormes cuencas oscuras.....pero antes quería ver a su hija que tantos sacrificios le había costado.......sonriente y triunfadora, con la alegría del vivir retratada en el semblante y con sus ojos enormemente abiertos al porvenir, para conquistarlo, y para ofrecerle un apoyo a la anciana dolorida, ya que él no se lo podría ofrendar; un consuelo para aquella mujer humilde y resignada que por tantos años le ayu-

dase a pasar días de privaciones, y que en otrora supiera también de algunas comodidades que le brindara la suerte a fuerza de luchas.....!

Así transcurrían los días lentos y tristes...... Mientras allá, en el pueblecito lejano, en el pueblecito sonriente situado a mil pies sobre el nivel del mar, de temperatura fría y deliciosa..... allá en la casita solariega y pobre, cuyas paredes ennegrecidas por la humedad se ocultaban y adornaban con mantos de madreselvas y confites, de Flores de Fuego y Estefanotes, el pobre padre moría lentamente.......¡Moría, es decir despedíase con el alma y para siempre de ella que era su único encanto, íbase de su lado su solo amparo y apoyo, y ella con los ojos fatigados sobre los libros, lo ignoraba. ¡Por fin, una noche, noche trágica, le fué entregado un mensaje telegráfico. ¡Su pobre padre había muerto!......... MUERTO. ¡Qué cruel es la vida! ¿Dónde estaba el Dios bueno, el Jesús misericordioso, padre de los infortunados, que así le quitaba a ella, débil flor, su único apoyo, y la lanzaba de improviso al mundo, para flotar sobre él, como sobre un mar embravecido?........Y pensó en su anciana madre..........Y lo más serio........ La situación financiera de casa. ¡Ella no lo ignoraba! Sus padres eran pobres, con una pobreza conforme y digna, llevada con decencia!

Precipitadamente salió otro día........tenía que dar el último beso sobre la frente gélida del autor de sus días! Sola, ya empezaba a iniciarse en la soledad verdadera de la vida, decendió del vagón ferroviario y se dirigió a su casa. Su madre, la viejecita tímida le contestó entre sollozos al sollozo, aquel alarido con que ella hubiera deseado despertar a su padre de aquel sueño augusto con que él se adentró en los dominios de la eternidad!......Pero nada, to-

do había concluído allí........Cubierto de azucenas su cadáver, encerrado en negra caja fué llevado al cementerio del lugar. ¡Ella permaneció hosca y silenciosa! ¿Para qué orar? ¡La vida érale cruel, y si no hubiera sido por aquella sombra, ella también a grandes voces le hubiera pedido a los poderes desconocidos que arrebataran su alma, y que si posible fuese, si su blasfemia mereciese castigo, la depositaran en el báratro! ¡Pero su madre la miraba silenciosa, amante, como si fuese ella lo único que la ligara al difunto, al hombre aquel que un día ya tan borroso y tan lejano la llevara al Ara vestida de blanco y ceñida de azahares........Y la veía también a ella chiquita, tan chiquita como un bibelot de cera, y en un arranque apasionado de infinita ternura, le echó los brazos al cuello y trató de arrastrarla hacia la salida.......Ella miró intensamente aquel rincón, enjugóse una lágrima rencorosa y habló su alma:

—«¡Padre, adiós . . . . . . qué solos y que abandonados se quedan los muertos! ¡Padre, adiós . . . . . . tú me enseñaste a ser fuerte y viviré pobre y miserable y abandonada, por ti, por tu recuerdo, para servir y ayudar a mi viejecita madre! ¡Fuiste bueno, fuiste honrado, fuiste probo! ¡Tuviste oportunidad de ejercer el agio . . . . . . y no lo hiciste! ¡Tuviste ocasión de mermar la Hacienda Nacional y no lo hiciste porque tú cuidabas de la Hacienda común, decías!»

¿Acaso allá en lo alto, también no roban?

De la profundidad de la tierra bordada de corolas pálidas parecía que se alzaba la voz adorada como cuando pertenecía al mundo de los vivos:

«Hija, ellos premiarán tu bondad, ellos recompensarán, en ti, mi lealtad y mi sacrificio . . . . . . !»

Una carcajada demente parecía resonar en el sagrado recinto. ¡Qué bueno, qué sencillo y qué noble era padre. En esta tierra miserable no hay justicia . . . . . . la justicia la tiene el fuerte.

Pero no importa, yo trabajaré y conseguiré para mi adorada madre el pan de cada día . . . . . .

Y se fué de allí apoyada en el brazo de la anciana llorosa.

III

La vida la esperaba abiertas las fauces, y hacia la vida fué. Con su corona de belleza, de juventud y de talento. ¡Triple corona! ¡El mundo no perdona jamàs tan alto abolengo! ¡Tres luceros en una sola diadema, había de apagarlos la mano del Destino. No pudiendo continuar sus estudios, Dolores debía trabajar. Y entró en la brega: y fué . . . . . . y triunfó! ¡Su palabra se deslizó cálida, armoniosa y rebelde en todas las justas del arte, del talento y de la gracia . . . y ungida fué . . . . . . y predestinada fué!!

Su sueldo permitíale ciertos lujos y daba a su madre una vida desahogada que pasábala en la vieja iglesia, horas y horas, extasiada, haciendo pasar entre sus dedos sarmentosos un largo rosario formado de huecesillos! ¿Y a qué tanto orar, a qué tanto pedir? Ella creía domar la vida con la palabra hueca que vuela rápida sobre los dorsos impalpables de la eternidad . . . . . . Mientras que su hija allá a lo lejos. combatía con toda la bravura de su juventud, con todo el denuedo de su abandono, con todo el coraje de sus buenos sentimientos

el pan de cada día, el pan para aquella viejecita que era todo su tesoro, su única adoración!!

Eran los días de la bella Dolores tristes y sin luz. Necesitaba distracción, habíale dicho el médico del lugar. ¿Pero dónde hallarla? Dispuso tomar alumnos en su casa! Así llegó hasta ella aquel mocetón fornido y hermoso como un Dios joven. Así llegó hasta ella el Amor . . . ! Y sus días que antes fueran insípidos tuvieron ya un atractivo: la visita diaria de Raúl. Cuando fatigada por el excesivo trabajo disponía salir a paseo, dejaba al cuidado de la anciana sirviente a Eugenia, su madre, e íbase dichosa y feliz al lado de Raúl, quien por su franco cariño sería imposible, absurdo y criminal que llegase a faltarle al respeto. Además ella tenía el suficiente talento para imponerse a las circunstancias . . . . y como si fuese cuestión de talento, ella jactábase de hacerlo así, y se iba a lo largo de la alameda hasta llegar al río, en cuya ribera recostábanse, alumbrados por los cocuyos y las estrellas, y sintiéndose felices, muy felices en su vida.

¡Qué pasó entre aquellas dos almas? ¿Qué pasó que enmudecieron ante los gritos imperativos de la bestia? ¿Dónde estaba el respeto y el franco cariño de Raúl y el talento de Dolores que no se levantaban para hacer enmudecer los lebreles del deseo y sentar el dominio de lo racional sobre lo irracional . . . ? ¡Quién sabe!

Pero a medida que los paseos aumentaban al río, ella disminuía de peso e iba poniéndose pálida y ojerosa. Las náuseas continuaban cada vez más fuertes, hasta que dispuso consultar al muy amado la causa de su situación, aquella situación que ella adivinaba, que ella

presentía con espanto. —Nada es eso! Tengo perfecta noción de las cosas, y sobre todo responsabilidad. No temas, y si eso sucediese, nos casamos. ¿No te lo tengo ofrecido?

Y ella miraba dolorida aquel gandul. Raúl era el tipo del trotamundos elegante; vivía del azar y no portaba jamás un centavo en sus bolsillos. "¿Qué negociaría con casarme con este desventurado? ¿Ponernos en mayores congojas, y morirnos de hambre en un rincón? ¿Por qué hice esto? Y mi madre, que será de ella? Por el alma de mi padre, no lo permitáis, Dios de piedad y de misericordia! ¡Yo procuraré desasirme de él y encauzar mis pasos por otra senda: ¡La del deber!

Y se lo confesó llorosa a su madre: ¡Madre, ya no hay duda; perdóname: cometí una locura, y estoy en cinta. ¡Somos miserables, somos pobres, qué será de nosotros?

Y vió la bocaza multiforme de la sociedad al frente y le pareció oír sus recriminaciones y sus gritos: ¡criminal, solapada, pícara, malvada . . . . y todos los epítetos injuriosos con que se colma a aquella mujer que un día subió mucho pero que otro día tuvo que bajar por el acecho de la carne miserable!! Y todas las puertas honradas cerraríanse a su paso: y todos sus empleos se los retirarían: era una mujer fuera de la sociedad y había que aplicarle toda la severa sanción que se estila en estos casos.

¡Pobrecita, pobrecita, dirían unas mofándose piadosamente de aquella que un día les pasó por los ojos envidiosos sus triunfos! ¡Malvada, todo eso lo suponíamos nosotras! Dirían otras. ¿Por qué no procuró casarse? Y como si hubiese sido una tabla de salvación el matrimonio aunque hubiese sido el presunto marido un pícaro libertino, un bandido o un

matasiete, pero debería haberse casado para salvarse de la deshonra. ¡Qué error! Y luego la criminalidad de engendrar un hijo sin padre . . . .

Así fué como ella envuelta en tormentos equivocó el camino y concibió el crimen.

Su resolución estaba tomada: ¡Su hijo debería desaparecer! Estaba en los primeros meses. Nadie lo sabía. Solamente su madre y ella. Ni siquiera Raúl . . . . ya estaba lejos, y se había retirado ignorándolo, o aparentándolo ignorar.—Un abortivo, eso nó, es un subterfugio desacreditado. Y se puso en manos de la impía comadrona del barrio, que aunque empírica no ignoraba ciertos procedimientos que daban mucho dinero por sus resultados seguros. "Unas laminarias, una pequeña operacioncita en su vientre; no hay tiempo que perder. Debemos de salvar las apariencias, aún pasando cogidas de las manos con el crimen" dijo.

Pero ella tocaba amorosamente su vientre donde palpitaba una nueva vida, algo de Raúl, aquel hombre que amara intensamente con deseo y con locura, con algo nuevo en su barro dolorido. ¿Por qué sacrificar la vida de su hijo que sería toda su ventura? ¿Qué le importaba a ella la sociedad monstruosa a quien el legislador empieza a humillar concediéndole iguales derechos al hijo natural? ¿Por qué no conservarle como un apoyo para su vejez y como un consuelo cariñoso para su madre? ¡Su madre no le maldeciría . . . . Pero el espectro espantoso del hambre . . . . Si ella moría en aparente castidad su madre tendría todo el apoyo de aquellas gentes; y si ella vivía cubierta con el velo de la hipócrita santurronería, también ella encontraría las puertas de la sociedad abiertas también, y con

ellas el trabajo y como consecuencia anhelada, el pan de cada día . . . !

Con los ojos velados por las lágrimas dió su consentimiento a la comadrona. Tendióse pálida sobre el lecho y la operación comenzó; duró algunos minutos y ésto repitióse durante varios días, hasta que al fin díjola:

—Mi niña, hoy tenemos que ver el resultado; con que, paciencia, y encomiéndese a Dios. Sea fuerte, que ésto es algo peligroso.

Y procedió. Su madre estaba sentada sobre una silla próxima al lecho; dulce e inocente mujer que no alcanzaba a comprender toda aquella infamia. Arriba pendía el retrato del padre, de aquel padre que muriera antes de cumplir sus altos sueños con aquella hija amorosa y buena, inteligente y digna, que ahora, por su soledad, por su inexperiencia, se veía allí a dos pasos de la muerte, acechada por la crueldad del destino. Una sombra parecía tenderse en el aposento y recostarse junto al cuerpo de la yacente, cubierta con albos e impecables linos.

De repente un grito de dolor. . . . una hemorragia. ¡Dolores, extenuada y dolorida, sin habla, muda por el espanto, por la vergüenza, por el remordimiento, por la muerte que ya casi helaba sus miembros y paralizaba la sangre en sus venas. . . . !

La comadrona tartamudeaba: «ésto era difícil, muy difícil; pero creí salir bien: el temperamento, la constitución de la niña, todo se ha conjurado contra nosotros. Pero no tema, mi niña, su dolor y su secreto irán a la tumba conmigo.» Y levantando con suavidad el cuerpo de la infortunada lo puso sobre las piernas de la desgraciada anciana que deshecha en llanto se inclinaba sobre el rostro de su buena, de su infeliz hija, cuyas pupilas apenas la copiaban

ya, mientras iban poniéndose vidriosas hasta quedar rígidas, como mirando en la eternidad algo que la madre no podía ver: El abandono materno.... y la silueta espectral y dolorida del padre que, envuelto en ultraterrenos linos acudía a recibir a la hija adorada, todo su orgullo, toda su adoración, que aunque con talento no había sabido ser fuerte, fuerte y grande ante el mundo, y como un lirio temprano caía vencida, con su cruz de martirio sobre los hombros desnudos.... !

Y la madre gemía viéndola amortajada: «Oh, mi Dolores, mi niña igual a la santita de los siete puñales, igual y bien igual a la Virgen de su nombre».

Y el viento plañidero se llevaba sobre sus alas aquella amarga imprecación del supremo infortunio!!





CRUCES LUMINOSAS

¡MARIA de la Luz había pecado! ¡María de la Luz había manchado las tradiciones de honra y de gloria de la familia, y allí precisamente en ese consejo de familia, serio y ofendido, había que desconocerla y arrojarla a la calle como un perro! ¡Fuera, a tiritar de frío en los quicios de las puertas y a temblar de hambre y cansancio como un can!

—Llama a tu hija para hacerla conocer nuestra decisión!—dijeron a la madre.

A los pocos momentos presentóse María de la Luz, bañado el rostro en lágrimas y contraído por un leve fruncimiento y temblor. Oyó la voz imperativa del agraviado padre y de los airados hermanos:—Anda tu camino solo y de martirio. ¡Nunca has trabajado porque nosotros te hemos criado conforme los preceptos de nuestra aristocracia, pero hoy trabajarás, y lo harás como una hija de las calles, como una hija de la miseria y de la desgracia. Nosotros no pretendemos que tu seductor lave la afrenta porque es un Don Juan vulgar y preferimos que las cosas queden como están y no permitirle paso en nuestro seno a un holgazán, per-

dulario y vicioso. ¿Lo oyes? ¡Con que anda, vete, saca tus cosas que tienes en esta casa y te largas, jamás vuelvas los ojos a esta mansión, ni nos nombres, ni digas a tu hijo: ¡He ahí la mansión de mis padres, de tus abuelos! ¡Hijo de perro será, y por consiguiente, perro! ¡Lárgate pronto!

Retiróse seguida de su madre. Así como el árbol en la floresta tiembla al golpe del hacha del leñador o cuando son heridas sus raíces o cercenadas algunas de sus ramas, así la infeliz Laura tembló por la suerte de su hija. ¡Cómo oponerse a los designios de aquel hombre cruel que la naturaleza le había designado por compañero? ¿Cómo abogar por aquella desventurada, cabeza loca que estaba al borde del abismo y que la ponía a ella, su madre, al borde del sepulcro? Su hija, su única hija adorada...! Pero el padre era inflexible y cruel.... «¿Acaso saben los hombres de compasión, de debilidad? Ellos lo tienen todo: libertad, perdón. Quizá a estas mismas condescendencias sociales se deba tanto infortunio en nosotros las infelices mujeres.... Cualquier donjuanería que a ellos les sirve de pregón glorioso o de amuleto para feliz suerte en nuevas aventuras, a nosotras nos cuesta un pedazo de nuestras entrañas desgarrado y sin ventura, que deba rodar por esas calles de Dios.... ¿Por qué esta ley tirana que considera a la esposa como una hija aún en el reparto del patrimonio conyugal?»

«Si al menos yo pudiese imponer mi voluntad y recoger en un rincón secretamente a esta infeliz.... pero no; si ellos llegasen a enterarse me harían víctima de un tratamiento oprobioso e inicuo; si yo pudiese entregarle algunas economías para que ella pudiese trabajar y sostenerse con su trabajo....¿Pero qué sabe

ella de eso? Sería una locura; desde chica la enseñamos a despreciar aquellos seres humildes que tienen oscuras y encallecidas las manos por el trabajo, y besamos sus manos blancas de alabastro puro. Y además, yo no poseo ningún dinero. En nuestras sociedades estamos consideradas de tal manera que bien pudiéramos entrar en un inventario de herramientas y de máquinas de trabajo. Tenemos que dar cuentas al esposo, al amo y dominador, hasta del último centavo que se nos entrega porque no somos hábiles para manejar fondos ni dirijir empresa alguna.... Cuánta pequeñez moral! Somos inhábiles para los bajos menesteres de la vida, y sin embargo tenemos que formar almas, modelar corazones, sembrar flores para la eternidad, y esta empresa gigantesca el destino y los hombres nos la han confiado a nosotras. ¡Si yo sola hubiese formado el corazón de mi hija educándola en el trabajo, en la humildad, en la sencillez, hoy ella fuera un espejo que hubiera copiado plácida y dulcemente nuestra ancianidad donde empieza a estriarse la escarcha de la vida.... ¡Pero él no lo quiso así, y ahora me hace partícipe de su maldad.... y tengo que verla partir porque no hay remedio posible».—Tal vez en esta tierra no nos veamos más, porque me sería horroroso verte en tu nueva vida, vida de desesperación y de congoja; pero allá en la eternidad, hija mía, volverás a mí, como el cuerpo fatigado vuelve al seno de la tierra oscura para fecundar nuevas vidas, para gestar nuevas flores y nuevos alientos de fecundidad.... ¡Por hoy sufre, que una aparente humillación nos hace acordarnos de los poderes infinitos que rigen la vida del hombre y ser buenos con nuestros hermanos los pobres para expiar el orgullo vano de una ficticia nobleza.

Dando un beso a María de la Luz arréglale sus tres cositas y la despide. La silueta de la muchacha deforme por los signos aparentes de la maternidad piérdese a lo largo de la calle iluminada por los focos incandescentes. María de la Luz va hacia el infortunio, hacia la desgracia! Serena y conforme desciende los escalones de su orgullo y va entre la gleba llevando sobre su frente pálida un lucero: ¡El de la maternidad! Los destellos de la nueva alma cuya envoltura carnal se forma en su vientre, pero que es grande y luminosa en el infortunio y en sus dolores. . . !

Vaga de aquí allá dedicada a trabajos duros y miserablemente retribuidos. Sus viejos conocidos vuelven el rostro al encontrarla temiendo que les solicite un favor. Allá de repente, a la vera del camino por donde ella va con su cesto de ropa al río cercano, encuentra un automóvil que va sonando estridentemente su bocina como insultando su pobreza y amenazándola si no deja inmediatamente libre la vía! Penosamente se hace a un lado y apenas entre la nube de polvo en que va envuelto distingue a su padre, aquel viejo cruel cuyo imponente orgullo la echara del hogar por el mero delito de haber concebido un hijo fuera del tálamo sagrado. . . . ! Una lágrima se asoma a sus pupilas tristes y rueda a lo largo del rostro macilento y del seno hinchado, del seno grávido. . . . ! Con sales de infortunio acrecerá el río caudaloso de la vida maldita que sustentará aquel desdichado que aún antes de venir ha encontrado tantas espinas a su paso, tantas espinas que le servirán de cuna, y en las cuales, aún sin poder hablar, con sollozos empezará a maldecir la locura de su madre, el egoísmo del abuelo, y la falsedad del padre inútil que supo ser macho para engendrarlo y no ser

hombre para cargar su pecado y luchar para formarle un porvenir y un destino.... Y como un rayo, atronador y veloz, pasaba la maldición pronta a descender sobre la tierra en forma de carne gemidora!

II

Por fin, una mañana de invierno, fría y triste, vino al mundo el fruto de su amor. ¡Miró por todas partes! Una larga hilera de camas cubiertas todas por una frazada roja; mesitas a los lados, cargadas de medicamentos, unas naranjas, unas flores que dejara allí alguna mano piadosa; arriba el cielo azul, muy inmensamente azul, parecía colarse por los vitrales de los grandes balcones, la brisa peinaba las cabelleras de las palmas del jardín, decía sus secretos a las rosas, y jugaba entre las madre-selvas y entre las pajareras locas donde millares de pajarillos saludaban al Dios de las aguas que pasaba con sus caracoles y su tricornio, y colábase fría, como si viniese de los páramos sombríos de la muerte, de las estepas solitarias del más allá a acariciar, más bien dicho a fustigar las frentes de tantòs cansados de la vida, abrumados por el dolor, que viniesen agobiados de males a buscar los auxilios de la ciencia hasta aquel lugar, o los supremos consuelos para emprender el largo, el dulce viaje en la fúnebre nave! Estaba en el Hospital! ¡Cómo hería sus oídos todavía el sonido de las palabras crueles, cómo martilleaban su cerebro! ¡Cuánta crueldad! «¿Por qué no busca a su seductor, señora? El Hospital está lleno, no hay lugar; además él está llenando sus funciones acerca de los verdaderamente doloridos, pero para los que bus-

can las enfermedades voluntariamente, nó; lo que mejor podría hacer sería buscar a su cómplice para que la pudiera ayudar en este apuro». Y cómo bendecía a la dulce y atrayente hija de San Vicente de Paúl que envuelta en azules paños y tocada de blanco, había intervenido dulcemente diciendo: «Puede haber lugar para esta desdichada, debemos admitirla».

En medio de esta vaguedad penosa, recuerda a su hijo, aquel que será el obligado Cirineo en la calle de su amargura, en su largo Calvario. Aquel que le ayudará a cargar su Cruz. Y mira a su lado un pequeño bultito envuelto en mantas blancas, que agita sus manos y que solloza desconsoladamente.

Días después sale pálida y convulsa llevando entre sus brazos aquel don del cielo condenado al sufrimiento. Y empieza a luchar brava y denodadamente por aquel pedazo de sus entrañas. De la gentil María de la Luz no queda ni huella. Ha transcurrido muy poco tiempo y ella es ya una vieja prematura en cuyo rostro se marcan las arrugas y en cuya cabeza empieza a nevar. Ha muerto su madre, y su padre, enfermo y achacoso ha dispuesto arreglar sus bienes: ha hecho testamento. ¡Para ella no ha dejado ni un centavo; está maldita, y su padre no quiere dejar ni aún después de sus días un bocado para aquel hijo de perro! Ella será mártir hasta morir; tiene un hijo, y un hijo es un eslabón que une la mujer a la cruz aún más allá de la tumba, en los largos e insondables mares de la eternidad!

III

Después de muchos años, envuelta siempre en aquel ambiente miserable ella mira a su hijo satisfecha. ¿Qué madre no siente satisfacción al contemplar su hijo, por ingrato y malo que éste sea? El ingrato era vicioso, habíase dado a la bebida; pasaba largos días en la taberna, y cuando llegaba tambaleante y ebrio, la infeliz, espantada, lo miraba largamente creyendo adivinar en él la silueta del abuelo airado que la abrumaba a reproches.... Sí, eran los mismos reproches de él, aquellos de cuando la echó de su casa como un perro. «¿Por qué concebiste, madre? ¿Por qué me condenaste a arrastrar tu misma pesada y dura cadena? ¿Por qué yo no fuí hijo de un hombre de tu casta y entonces el abuelo justo me hubiese amado y yo sería ahora un señor de vida descansada, respetado y estimado, por qué? Yo soy muy desgraciado, perdóname, madre. Tengo aspiraciones, yo necesito surgir, llegar a ser, y no puedo, y no tengo cómo; viviré ebrio y me mataré», decíale exasperado.... y la pobre mártir callaba muda de espanto creyendo ver en la silueta del hijo la silueta del padre airado, aquel hombre rígido y austero que al maldecir su pecado habíala negado un nombre y un patrimonio...!

Un día, cierto día de tantos de aquellos de la cràpula del hijo, llegáronle noticias a la desventurada. ¡Envuelto en un charco de sangre estaba su hijo con el cráneo roto! Había que levantarle, había que darle cristiana sepultura, pero antes que todo había que aconsejarle conformidad a la infortunada!

Un temblor se apoderó de sus miembros!

«¡Era la herencia, era el atavismo; era hijo de un ebrio»!... Además todos aquellos dolores y miserias que ella sufriera cuando estaba en cinta.... y aquellas escaseces, y todas las privaciones del chico.... Además, casi o ninguna educación había podido darle. ¡Tenía que ayudarla, y tempranamente había asistido al taller! Y ahora, sola, pobre y miserable otra vez bajo el peso del infortunio y de la injusta maldición...! Su corazón de madre había contraído una penosa enfermedad. ¿Cómo tratarla? Ya le había dicho el médico que si no se evitaba de impresiones cualquier día sobrevendría un ataque que rompería su vida para siempre. ¡Impresiones...! Pero si no habría de impresionarse...! Al frente tenía su hijo con la cabeza rota como si hubiese sido un juguete cuyo mecanismo se hubiese descompuesto! Su hijo que parecía maldecirla también, como si un hijo tuviese derecho a maldecir a la madre dolorida que lo ha criado con su propia sangre y que le ha dado todo el vigor de su propia vida! ¡Su hijo con sus ojos vidriados, casi apagados, con los labios amoratados, con los mechones sanguinolentos pegados casi a las sienes.... Y sollozando fué detrás del fruto de su miseria hasta el panteón; y regresó dolida a su cuartucho miserable. El día estallaba en luces como burlándose de los dolores y congojas de la humanidad. El sol era como una enorme crisanthema de fuego que fuera escondiéndose lentamente en los altares de lo eterno, y que a su paso diera todo el embrujo de su luz para vestir de oro todas las cosas, antes de ponerle sus dalmáticas de sombra, sus peplos de tinieblas!

María de la Luz se acostó, para erguirse en lo eterno; se desvistió para purificarse de todo el barro del camino y poder entrar con

vestidos de fulgor en las regias mansiones donde no hay sombra y donde la primavera es perpetua! Otro día las buenas vecinas que sabían la historia de la infeliz mujer, que conocían el pasado fastuoso de la divina y gentil María de la Luz, fueron a su lecho y la encontraron muerta, con un tosco crucifijo en las manos pálidas y grandes lágrimas como cristalizados diamantes sobre las mejillas arrugadas y marchitas. Y en un viejo y amarillento recordatorio estas palabras escritas de su puño y letra:

«Mundo, oh mundo, y cuán engañoso eres. Si mi hijo de mi corazón no me amó, quién podría haberme amado? Si las gentes dijeron que mi hijo era mi pecado, cuál es el criterio de este mundo corrompido? Acaso un hijo no es una ofrenda de los cielos, y no todas las mujeres llevamos invívido el sentimiento de la maternidad? Solamente mi madre me amó. ¡Madre, madre, de tí vine y a tí voy! Ajada y dolorida, como una lágrima me remontaré a los cielos sobre el anca vibrátil de una estrella remota, y allí seré luz, perpetua luz, porque el alma de las madres no se ausenta, queda como una lámpara alumbrando perpetuamente las noches de la Humanidad!





¡La Hipocresía... Pase Social!

Y el viejo médico sonreía regocijado recordando toda la aventura aquella que le había hecho dueño de una cuantiosa fortuna mediante, eso sí, muchas artimañas y no pocos fraudes. Y surgía en su mente la figura de la chicuela divina, aquella que la madre le confiara en los últimos momentos de su vida para que cuidase de su hacienda y de su honor . . . ! ¡De su hacienda . . . ¿Quién puede cometer la tontería imperdonable de cuidar la hacienda ajena? ¿Cuántos de éstos después de una administración escrupulosa y honrada, a base de la más sana y legal conciencia, con muchas monedas en las arcas, corren ante los tribunales a presentar demanda contra su tutor? ¿Y cuántos también no hacen correr entre los amigos la temible voz del «robo»? Y en cuanto al honor . . . ¡Já, já, já! Qué le importaba a él, el tipo de mundo, el tipo corrido, el honor de una gentil muchacha que puesta estaba a su alcance? Como si le hubiesen creído tonto para dejar escapar tan bonita y fresca presa? La chica por fin y al cabo de algún hombre debería ser, y antes que entregarla en ajenas manos, era pre-

ferible que le quedase a él con todo y galana fortunita. Y surgía ella en su pensamiento con todas sus castidades que le habían hecho reír, con toda su belleza de flor temprana que le había hecho caer anonadado a sus plantas de reina; y el recuerdo arrancábale un suspiro; quizá su alma le engañó, quizá habíala amado más de lo que ella imaginábase, también él la había adorado con toda la fiebre de sus años donde ardía una virilidad próxima a declararse en derrota, a declararse vencida. Pero por qué ella cuando fué la hora de las cuentas amigables se alzó plena de furia, temblando de coraje y llamándole ladrón, falso, y cuántas cosas más? Enrostrándole sus hijas, esas hijas que eran como alcancillas donde él hubiese depositado todos los dineros escapados del patrimonio de ella? Y aún le parecía escuchar sus sollozos y sus maldiciones!

—No te vayas deshonrada, hija mía, yo solo aspiro tu bien, tu dicha. Yo me casaré contigo. Yo no olvidaré jamás que fuí quien rompió tus pudores, y tus virginidades, y que es mi deber presentarte ante la sociedad como mi mujercita, la gentil mujercita qne bien puede ostentar el nombre mío tan orgulloso y tan aureolado de prestigio.

—Cállese, vejete miserable! ¿Se imagina usted que si fuí suya fué por un profundo y loco amor? ¿No comprende que en aquel momento decisivo triunfaron su audacia y sus fuerzas, y que yo no fuí más que una tímida corza en manos de su victimario, en manos de su espantoso verdugo? Y después de guardar un silencio recatado que me han impuesto las conveniencias, cree que aceptaría como un galardón dar mi mano a un bicho asqueroso de su especie? ¿Y qué más oprobio que llevar como un baldón infamante

el nombre de un parricida? Y qué horror sería para mi conciencia poner en manos de un canalla de su especie todo aquel dinero que le costó sudores y congojas, y hasta hambres a la buena mujer de mi madre, aquella ingenua mujer a quien usted logró engañar con su apariencia de santo, hasta el grado de haberla hecho loca y después procurádole la muerte muy disimuladamente, para recibirme en sus brazos abiertos como las alas membranosas de un vampiro, para succionarme toda la sangre, hasta verme ahora lívida, exánime, muerta moralmente, y próxima a caer vencida para siempre físicamente? Vuélvame lo robado o le denuncio, vejete miserable!

—Estás loca, hija. ¿Quién podría hacerte caso? ¿Acaso mi nombre no está bien sentado y tiene la aureola del prestigio? ¿Crees tú que yo sería capaz de cometer una maldad abiertamente siendo lo mejor tener una apariencia de santito para escudarme y así cometer cuanto se me venga en gana? ¡Se reirían de ti! Yo soy muy buena persona, así te dirán; y en el Casino, entre el círculo de mis amigos te dirán que soy un perfecto caballero, y que si fuera cierto que hubiese cometido todo eso contigo era mi deber de hombre despierto aprovecharme de la ocasión, y a pesar de lo que pudieran decir, cualesquiera de esos hubiera hecho lo mismo, hubiérase comportado igual. ¡Lo mejor es que lleguemos a un acuerdo, o que nos separemos amigablemente! ¡Yo no podría darte nada más que un poco de dinero, y ésto por cariño y por deber. Lo haría, podríamos decir, paternalmente, porque de tu patrimonio nada ha quedado después de la muerte de tu madre, y aquí tengo documentos donde consta eso. Y su mano amarillenta sacaba de entre una gaveta unos papeles amon

tonados, unos documentos falsos hechos por un abogado de tan buena conciencia como él.

—Usted regalarme dinero paternalmente? ¡Ladrón! Nada quiero con usted amigablemente; me retiro para siempre de su casa, de esta casa donde usted vive y que es mía hasta la última basura del pajar, y mañana mediremos nuestros derechos ante la ley. ¡Hasta la vista!

Y él se veía años atrás, pero muchos años atrás, en presencia de la gentil acusadora, frente a los jueces en el tribunal. ¡Y recordaba cómo todos le tendían la mano a él, el infame, el ladrón, y le guardaban todas las consideraciones que se «merecía». Y a ella, pálida, huérfana, sin quien por ella, la miraban compasivamente y le decían: ¡No seas loca, Amelia; lo que estás haciendo es injusto; este hombre ha sido bueno con ustedes; enterró a tu madre, cuidó de tu educación, de la larga enfermedad de ella . . . además los malos negocios . . . Y oye: has revisado bien ese abultado cartapacio?

—Revisado está todo eso; esas cuentas que aparecen son imaginarias. ¡Se ha apropiado mi casa y ha comprado caballerías de tierra mientras que yo me veo envuelta en la mayor miseria y me dice que, paternalmente, o sea por remordimiento de conciencia, podría proporcionarme algún dinero!

Lo que sucede es que las mujeres no tenemos ni siquiera el derecho de nuestra debilidad ya que han proclamado nuestra imbecilidad. Pasan sobre todos ellos, y nosotras quedamos gritando en el estadio de la lucha sin que nos presten oídos ni siquiera los amigos. El derecho está siempre de parte del

fuerte: con el poderoso se procura quedar bien. ¿Por qué granjearse enemistades que pueden culminar más tarde por una chiquilla que no tiene más significación que su juventud y su inocencia?

Y la contemplaba alelado cuando envuelta en sus velos negros se iba calle arriba rumbo a su choza humilde donde pasaría sus días recordando solamente su época de fasto y de esplendor!!

Después . . . . . en una ocasión que caminaba a caballo por la Sierra al pasar por un rancho humilde la había visto. Aquellas aristocráticas manos teñidas en la sangre de un marrano. Se había convertido en una rústica mujer; luchaba como buena frente a la miseria que de improviso tocaba a sus puertas; había tenido que vender todos sus pocos mueblecitos que le quedaban y largarse al campo donde dedicada a las duras y pesadas faenas de los campesinos, ella podría atenuar el dolor de la deshonra, hacerle frente a las circunstancias y ma tar su hambre, poniéndose a cubierto de mayores peligros . . . . . Allá de cuando en cuando hallaba de parte de ella una cubierta ancha y largota conteniendo una más largota carta, haciéndole reclamos y puntuada, sembrada de maldiciones. ¡El sonreía! Ahora estaba libre; libre de remordimientos sobre todo; ya estaba acostumbrado a los insultos de aquella mujer que sin amparo ni esperanza de justicia calmaba sus desahogos largándole grandes recriminaciones en la hoja periódica del pueblo, o en grandes cartas! Había contemplado a lo lejos la rústica caja en que llevábanla a sepultar en el panteoncito ignorado. ¡Ya podría gozar su cuantiosa fortuna, ya podría disponer de ella en pro de los hijos de su corazón, de sus bro-

tes sobre los cuales recaería la maldición de la buena Amelia, que precozmente bajara a los limbos misteriosos de la muerte víctima de la tuberculosis! Indudablemente el tanto trabajo doblegaría a la sin ventura; pero él era pobre también, y tenía más derecho a gozar de la vida ya que comprendía mejor su sentido!

Y el viejo médico de cabeza blanca y espalda encorvada sonreía cínicamente, al mismo tiempo que se apretaba de manera convulsiva. ¡Su sonrisa era inútil! En medio de su pasajero regocijo también él sentía un agudo dolor: un dolor físico tan intenso que le hacía castañetear los dientes. ¡El cáncer, el temible cáncer había invadido su organismo!

¡Estaba destinado a perecer muy pronto; ya la terrible enfermedad no tendría donde hacer pasto; su organismo estaba degenerado y muy gastado para ser campo propicio para la enfermedad traicionera y cruel!

———

El sacerdote venerable revestido de sus santos ornamentos daba los auxilios de la santa religión al infeliz médico. ¡Tus pecados te son perdonados!, sonaba augusta la voz del sacerdote venerable. Pero él ni aún a las puertas de la muerte había sido capaz de confesar su crimen, y ahora que la muerte venía hacia él con sus brazos de sombra, la sombra hacíase más densa.... y con terror, viendo la sombra de la niña infortunada y de la madre traicionada, clamaba: ¡Fray Nazario! ¡Que me lleva el demonio, piedad! ¡Que ya me espera con sus instrumentos de tortura, perdón; es que

ha quedado un rinconcito bien sucio en mi alma!»

Y el sacerdote volvíase paternalmente: «Dí, hijo mío, dí todas tus culpas antes que Dios te reciba en sus brazos».

Pero él volvía a ver a sus hijas bañadas en llanto y arrepentido exclamaba: ¡Nada es, padrecito; quizá sean añagazas del demonio». Y volvía a quedar como sumido en un profundo sopor.

Fray Nazario tenía orden de dedicar solemnes cuidados al venerable, al ilustre enfermo; al impenitente que cerrara sus ojos a la luz llevando ante ellos la visión espantosa de su pasado, de ese pasado tormentoso que le perseguiría aún después de la muerte.

El fementido médico iba en enlutada caja rumbo hacia los lugares del eterno reposo; sobre su fosa crecerían tal vez la mandrágora y los cardos. ¡No en otra forma él podría asomarse a la gracia serena de la vida para contribuir a la marcha de los mundos, aunando sus gases al poder gestativo de la tierra! Y enlutados monaguillos llevando respetuosos y conmovidos la cruz y grandes cirios. . . . atrás el sacerdote engañado por una falsa piedad mascujando oraciones dolidas. . . . y flores, y automóviles y grandes damas envueltas en oscuros mantos . . . . y los socios de los centros sociales . . . . y . . . . Se trataba de un gran señor!

La crónica diaria decía: «Ha muerto el conspicuo, el honorable caballero Dr. Ladislao Rodríguez quien ha legado cuantiosa suma al Hospital y al Hospicio. Toda su vida la dedicó a hacer el bien; pasó derramando beneficios y aureolado por todas las virtudes cristianas y cívicas. Los Ministros del Señor le acompañaron hasta su

última morada y bendijeron su sepultura. ¡Descanse en paz!!

Y allá en los dominios de la muerte la infortunada Amelia, la pobre niña a quien atropellara sus derechos y negara su fortuna, a quien infamara su honor y la dejara sumida en el infierno de la desesperación; y su madre, la sencilla y santa mujer que le confiara su mejor tesoro en sus últimos momentos, parecían soltar una carcajada estridente burlándose de la piedad y de la falsa honorabilidad mundanas... !!





LA CALUMNIA

En medio de este desfile doloroso, van para ti, Dora Cristina, estos dos cuentos diáfanos hechos de Sonrisa y Luz, como para ser leídos en una mañanita estremecida de ensueño y de albor, junto con los toques argentinos de la campanita pascual y la música doliente de los órganos.

———

EL maestro miraba hacia el poniente. ¡La gloria de los cielos parecía arder abrasada por las últimas lumbraradas del sol; enormes crisanthemas bordaban el palio azul color de aguas tranquilas, tal como si fuese un lienzo enorme pintado por el pincel caprichoso de un viejo artista flamenco! La belleza de la tarde se internaba en el alma del mentor angustiado, del bravo paladín de las más hermosas causas, del denodado caballero de las más brillantes justas: ¡Las justas del saber! Y un suspiro doloroso se escapaba de sus labios. La calumnia como un animal ponzoñoso había caminado lentamente por todos sus miembros hasta detenerse sobre el corazón.

Y sentía el enorme desaliento de aquel que vé sus afanes convertidos en cenizas. . . . Sentía la desolación del jardinero que después de regar con sus sudores las asperezas del suelo, las ingratitudes del surco, para bordarlo con

un millar de cabecitas puras, de tallos erectos como cálices de nácar que se abren a los cielos pidiendo misericordia, comprensión y amor, hoy contempla asombrado el cuadro de dolor que deja el vendabal mirando los tallos tronchados y hermanado el cieno con la delicadeza y fragilidad de los pétalos de las azucenas, de los nardos y de los jazmines antes bellos y fragantes! El infatigable maestro suspira, y mira la baba inmunda que sobre su epidermis enferma se ha trocado en una especie de lepra horrible.

Habla el Hada de los encantamientos, el Alma Hermana, toda amor y comprensión, nobleza y misericordia. Se acerca la noche, el Hada-Madrina que sabe calzar los pies bonitos de la Cenicienta con lindos zapatitos de cristal y vestir de oro el cobre miserable de las cosas.

Las crisanthemas maravillosas parecen un juego de luces. ¿Es que se han asomado almas a las corolas de las irreales flores? Pestañean, cintilan como enormes gemas y bañan en fulgores el aposento del maestro infortunado.

De pronto se oye una voz. ¿De dónde viene? Acariciadora como una ráfaga, viene de la altura, de la altura donde moran la nobleza, la generosidad y todos los sentimientos puros. ¡Es un alma hermana que mirando su callada amargura pasa batiendo sus alas con armonioso rumor, y le dice:

(Habla el Hada de los encantamientos, el Alma Hermana toda amor y comprensión, toda nobleza y misericordia).

«Mira, amigo mío: ¿Qué tienes en tus brazos que parecen adornados con diminutas estrellas, y qué raras ajorcas relucen en tus tobillos, por qué ostentas ese broche maravilloso como hecho por un orfebre bizantino, en forma de ro-

cetón fantástico, allí sobre tu pecho, en el lado izquierdo?»

Y el maestro asombrado mira. Toda la baba inmunda se ha trocado en polvo luminoso como si manos taumaturgas hubiesen sacudido sobre sus heridas polvo de luceros, polen de estrellas. . . . y se apreta el corazón que se ha transformado en una rosa de luz que baña con sus fulgores el desierto y silencioso estudio.

Trémulo, acobardado, interroga: ¿Qué significa todo ésto?

Y el alma toda comprensión y amor y nobleza y generosidad, luciendo sus diáfanas tocas habla:

«Sé fuerte en tu dolor. La calumnia no ha logrado corromper la pureza y serenidad de tu pobre arcilla. Denigra a quien la lanza, pero a su víctima en vez de hacerle mal, la circunda con la aureola de los grandes. Sólo esos tienen pedestal. Y son las manos envidiosas quienes trabajan el mármol que servirá para levantarlo. He aquí cómo la impureza de la envidia al contacto de tu serenidad se convirtió en luz».

Y con un rumor de sedas y de alas se aleja llenando la estancia de raros y exquistos aromas. Y el maestro contempla su asquerosa enfermedad convertida en pedrería refulgente, y sonríe al Alba que se levanta en el pensil de su alma, vestida de rasos y terciopelos y tocada de luces!!



La Parábola de las Almas o un Sueño

EN su camita mugrienta, en su vieja y miserable camita dormía la pequeña hija de la vieja Maestra de la escuela del lugar. Después del sueño pesado y fatigoso, se sienta en su camita y juntando las manos sobre el casto pecho desnudo le dice: «Oye, madre mía, he aquí un sueño».

(Donde habla la inocencia que tiene por su pureza el don de clarividencia.)

«Dicen que Jesús, ese Señor sonriente de ojos azules y melena ensortijada, fué el primer y más grande Maestro. Y que enseñaba a sus hijos malos y rebeldes que buscaban el milagro de su doctrina en parábolas bellas y armoniosas. Pues ese Señor tonante que castiga a los malvados pero que ama a los niños, me contó una parábola bella: ¡La parábola de las almas! Fué un sueño, un dulce sueño.

Este Señor estaba en un jardín. Vestía túnica blanca como todos los viejos Esenios, los intérpretes de la verdadera doctrina. A su

lado revolaban lindas avecillas de plumajes de lindos colores y de armoniosos cantos. En la maleza se deslizaban silbadoras las serpientes que respetaban los sagrados pies. Sobre sus hombros y en el resto de su traje talar ¡brillaban, como raros broches de gemas, tímidas mariposillas. Y el Señor pasaba sonriente haciéndome una señal. Acerquéme con timidez, ya que El me dijo que de nosotros es el Reino de los Cielos. E interroguéle con miedo mal disimulado: ¿Y esas serpientes, Señor, por qué están tan cerca de Vos, y hermanadas con esas mariposas gentiles, y en consorcio con las flores y con las avecillas canoras?» El habló: Esas, hija mía, son las almas; las puse juntas todas para hacer resaltar la bondad de unas y la ingratitud de otras, y para que busquen así el camino de la perfección por medio del martirio. Esas son las almas de los Maestros. Aquellos tímidos que aman los niños, que los enseñan con bondad y con amor y que miran en ellos el reflejo de mi Divinidad son los maestros buenos, las brillantes mariposillas que bordan con dibujos raros mi sagrada Túnica. Aquellos que preparan el alma del chiquillo y que le enseñan a refrenar sus instintos, que lo preparan para los altos vuelos espirituales, esas son las avecillas canoras que pasan por los jardines de la Vida ricos en dones, sembrando bienes, despetalando ritmos! Esos otros que véis arrastrándose por la maleza, silbando y enseñando sus ponsoñozas lenguas, son los maestros malos, envidiosos, ruines. Son aquellos que siembran la discordia en los predios míos que son predios de desinterés y de santidad. Son los que os han escogido sin amaros, por conveniencia, como un pretexto para sostener su existencia ruin que más valiera retornara a la sombra de donde la sacara en

mala hora; son aquellos que desconocen mi doctrina socialista, que reconocen castas y falsos linajes. Aquellos que besan al niño rico que viste seda y que os miran con desprecio a vosotros los pobrecillos que no tenéis más galas y adornos que vuestra inocencia, que castigan vuestras megillas con el bofetón infamante y que golpean vuestras manecitas con el palmetazo cruel. Que son hombres en medio de vosotros, en vez de subir desnudos los pies y baja la frente, las gradas de ese altar, de esa Ara inmaculada donde el Maestro es Sumo Sacerdote que oficia los altos ritos de la más pura espiritualidad. Pero, hija mía, esos están condenados a medrar en la sombra, en el pantano, en el silencio oscuro. Lo que ellos babearen lo lavará el rocío de mi infinita misericordia y no dejará mancha ni dolor, más que su propio dolor que será máximo y perenne, toda vez que en ellos llevan el germen de su envidia y de su impotencia.»

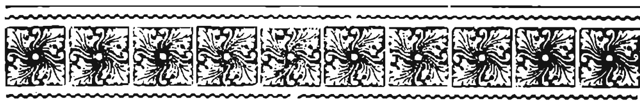
Y puso su mano cuya herida emanaba potente luz, sobre mi cabecita adornada de rizos, me miró profundamente y sonrió.

«Aquí se disiparon las brumas del sueño, madre mía, me comprendes?» Interroga la dulce voz . . . . . . Mientras . . . . .

(La Madre que es el Dolor de la Carne frente al infinito de la vida.)

No responde, dejando vagar su mirada abstraída sobre la belleza e inocencia de su hija que acaba de descorrerle los velos de una altísima y bellísima FILOSOFIA.





EL PERDON

EMMA tendió sus blancos brazos en el vacío tratando de aprisionar algo . . . . doliente y lacrimosa con la rubia melena alborotada y los ojos delirantes. El dolor apretujaba inmisericorde su corazoncito de dieciocho años. Bajo el cielo sembrado de luceros como un inmenso paño turquí bordado de lentejuelas parpadeantes, ella, la desolada, era una delicada flor nacida cabe el estanque de la traición y del desengaño. Débil, mustia y desamparada . . . !

Recordaba el día aquel regio y fastuoso en que ella vestida de rasos albos y tocada de perlas, pasaba con el donaire de una princesita azul de un cuento de Hadas, del brazo de su novio, bajo la mirada envidiosa de las amigas y la sonrisita burlona de sus antiguos pretendientes que ya conocían de antaño la oscura historia de su infiel y terrible don Juan. ¡Pero si no hacía mucho tiempo, ni siquiera años . . . apenas unos tres años de ese matrimonio desdichado, y sus labios habían trocado ya su púrpura real por el cárdeno del sufrimiento y sus ojos veládose habían por el insomnio y el llanto; y hasta su melenita rubia

parecía ir tomando poco a poco el gris de la seda lunar que se tiende caprichosa entre los claros de la floresta en el lujo de las noches del fastuoso trópico; sólo sus brazos delgaditos como un cáliz de lirio infinitamente delicados y blancos, conservaban su belleza y se abrían como una interrogación de nàcar que el destino trazase sobre el lienzo impecable del tormento: «¡Madre, perdón! ¿Por qué contigo fuí mala, fuí cruel, fuí injusta?» Pero aquella sombra que ella trataba de aprisionar no parecía sino que a medida que tendiese sus bracitos amantes fuése escapándose hasta tornarse luminosa y ampararse en el corazón de una estrella!!

Emma en el delirio miraba encarnado su pasado en el presente angustioso y terrible, y recordaba aquel momento trágico en su existencia: a un lado aquel féretro negro de la madre amante que cuajada de arrugas en su rostro sombrío, que orlada de nieve su antes espléndida y airosa cabellera negra, que yerta, rígida pero siempre llena de piedad infinita, parecía llamarla desde los parajes florecidos de la muerte con la enorme y dulce palabra que el silencio no profanara. Y sintiendo el pecho desgarrado e hipando sollozos, Emma clamaba: «¡Madre, sí te amé, perdóname que fuí mala! ¡Padre me hizo amar el lujo y la molicie, me enseñó todas las tentaciones de la sociedad mundana y elegante para pedir en la balanza de las compensaciones, el cambio más cruel, el cambio más inicuo: ¡Tu corazón, adorada madre, que aún ahora yerto debe amarme!»

Y como dardos atravesaban su corazón las palabras aquellas con que todo hombre cansado de la mujer que ha iniciado en la senda del pecado y del dolor y que abandona en la

lucha, trata de librarse de ella engañando su conciencia y engañando al mundo, muy fácilmente, sin sentir siquiera el remordimiento: «Tu madre es mala! ¡No la vuelvas a ver; ella ha echado un velo de culpa y de ignominia sobre tu rostro. Yo te dejaré mi posición brillante y mi nombre; yo te abriré más amplios horizontes con la sola condición de no ver jamás esa malvada!» Y recordaba Emma cómo la seda voluptuosa se fué deslizando sobre sus hombros, y cómo los brillantes fueron a amparar sus fulgores, sus destellos alucinantes sobre el cuello mórbido y los deditos finos de las manecitas liliales y primorosas!

Y su madre, y la buena y honrada mujer que la trajo al mundo, que fué de ella? Aún recordaba su pasar furtivo por la cancela para ver siquiera de lejos al pedazo de su vida que criado entre galas tenía para ella, como lección, un olímpico desprecio. Todavía . . . aún sonaba en sus oídos aquella voz dolida: «Hija mía, hija de mi alma, ayúdame con algo; estoy muriéndome de tanto trabajar, de tanto soportar privaciones; laboro con tesón hasta la noche, ya la vejez anticipada con fuerte mano llamó a mi puerta y con ella la pobreza; no tengo vivienda que me ampare, duermo donde cierra la sombra, cómo y visto lo que manos protectoras me dan. Moriré en la miseria, pero siquiera con un poco de amor en tu corazón y con una dulce mirada de tus ojazos que tan amantes me copiaron cuando eras una inocente chiquilla, con sólo eso quizá retorne confortada a mi retiro y lleve una impresión de dicha en mi alma, antes que ella despreciando esta cárcel de cuerpo dirija su vuelo a los predios desconocidos donde se le encuentra reposo a este incesante batallar». Y recordaba cómo las manos flacas se alargaron

como en una caricia sobre los bucles dorados de ella para atraérsela sobre el corazón. En ese momento pasaban sus compañeras de colegio, y ella, avergonzada de que la vieran con aquella mujer con trazas de mendiga, huyó dejándola a solas con su amargura. Cuando aquella escuálida mujer vestida de harapos se hubo alejado, salió nuevamente al zaguán de su regia mansión para sufrir el interrogatorio de las amiguitas, que adrede, habíanse quedado cerca: —«¿Por qué no lediste limosna a esa vieja desdichada, quién es y por qué le tienes miedo» Y las palabras se le deslizaron convulsas: —Le tengo terror; es muy mala y se ha dado en la tarea de decir que es mi madre. ¡Mentira, monstruosa mentira! Mi madre allá está dentro, decía, aludiendo a la querida de su padre que hacía las veces, forzadamente, de aquella que para la vida es lámpara siempre encendida! Y por fin, una mañana, llegóse una piadosa mujer a decirle: «Su madre ha muerto, estuvo llamándola largo rato; pero como sabemos que su padre se la ha negado siempre, no quisimos venir; hoy que ella no es nada para usted en este mundo, es decir ni atraso ni verguenza, le avisamos, tal vez quiera verla. Interrogóse ella. Verla? Nó; los vecinos se darían cuenta, sus compañeras, otras personas que ignoraban toda la vida de miserias de aquella infortunada, y además su padre se disgustaría enormemente. ¡Ya descansó! Dijo con una voz velada en la cual se adivinaba que el descanso era para ella misma un reposo egoísta y malvado. ¡Tome, llévele este dinero para su ataúd y unas flores. Después iré con papá a dejarle unas rosas allá al panteón. Añadió dando la vuelta a referirle a su padre la noticia, quien encogiéndose de hombros contestó: ¡Mejor, hizo por fin lo que

debía: ocultarse para siempre de mis ojos! ¿Qué honra o mérito era para mi hija tener una madre así! No sé qué estaba pensando que la amé y lo que es peor, que la hice madre de mi chiquilla.

Todos esos recuerdos, ese desfile fantasmal y amargo, la atormentaba hoy . . . . . Hoy, esta noche fúnebre cuando ella solloza la muerte de todas sus ilusiones, el desprecio olímpico de aquel hombre que le dió su nombre y su mano a cambio de una dote engañosa y que dice de ella misma: «Qué estaba pensando que me casé con ella que ha sido tan mala, tan inmoral hasta el punto de despreciar a su madre por consejos del viejo roñoso, malvado y repugnante de su padre . . . . de mi suegro que ha sido, porque ya no lo será: aquí entra el divorcio, la tabla de salvación de todos los que equivocaron el camino . . . . ! ¿Tener hijos de esa harpía, que lleven en sus venas sangre miserable, sangre de bandidos azules cuya ignominia se encubre con la aristocracia? ¡Horror! dijo y acto seguido lanzó de su hogar la infeliz y dolida Emma. Y ella vió, y ella sintió entonces, como lo vió y lo sintió su madrecita adorada, cómo los hombres suben al Ara un ídolo, la mujer objeto de sus amores, y cómo cuando el hastío llega a su corazón y a sus nervios sedientos de impresiones y de nuevas emociones, entonces la bajan de un puntapié y la colman de epítetos injuriosos para encubrir su propia maldad. Y también ella, vió por la cancela . . . . . de lejos, en sus noches miserables, la mujer de su Alvaro, la *otra*, la aborrecida, cubierta de sedas y adornada de pedrería, paseándose por el jardín llevando de la mano su hijo!

Y su padre, aquel viejo roñoso y malvado, cuando la vió de vuelta del hogar conyugal en busca del nido paterno, la contempló con ren-

cor y con cólera por no haber puesto empeño en comprender a su marido, en perdonarle sus calaveradas, en soportar golpes y hasta ultrajes para él, que era su padre. Y le negó toda protección; en un rinconcillo piadoso pasaba sus días al lado del enorme mastín que vigilaba los jardines durante la noche; y en él atenaceada por el remordimiento, por la tortura que estaba tornándola loca e insensible, corría a arrodillarse sobre el césped bañado de luna, y tendiendo sus manos en actitud de implorante gemía bañada en lágrimas, doliente y taciturna, como hebetada, con su rubia melena alborotada suelta al viento:

¡Madre, perdóname, yo no debí haber sido tu juez! ¡Tú fuiste grande y divina; yo soy pecadora y maldita, y débil. No tengo ni siquiera el pecho de un padre que me escude. Ese hombre no fué mi padre. El no debió haberme dado esa lección nefasta.

Yo, en tu nombre, Madre, le maldigo y le odio. ¿De qué me sirvieron esa seda y esa pedrería, cuando la seda más cara fué tu regazo y cuando los destellos de tus ojos eran más caros que toda esa pedrería comprada con lágrimas de infortunados por el agiotista, por el usurero de mi padre? ¡Levántate, ven a mí, siquiera espiritualmente . . . . . ! Gemía, y el viento de la noche llevábase el sollozo. El cadáver hacía años se había podrido en su fosa; y aquel gran dolor, y aquel enorme arrepentimiento velaban en la noche bruna en la línea firme de la desdichada Emma, que envuelta en sombras tendía sus brazos finos y blancos, con ademán suplicante hacia la Gran Sombra!

¡Y la Gran Sombra seguía impenetrable! Ella se marcharía precipitada y se haría la luz del eterno día hasta que ella, la hija castigada, la hija maldita, tomase su cruz de granito y su-

biese resignada todas las empinadas cuestas del Calvario hasta llegar cubierta de sudor y sangre hasta la cumbre! Entonces la voz del perdón se dejaría oír razgando la azulada bóveda como un mensaje de Dios, y la vencida, tomando su túnica de luz y sus calzas de cristal emprendería la ruta luminosa hacia el corazón de la infeliz madre incomprendida.

Mientras, el sollozo y la plegaria se enredaban como campánulas moradas en los brazos de la cruz solitaria del huerto; y Emma, arropada en el misterio hacia él tornaba sus ojos dolientes!!



EL DELITO

ALLÁ en el silencio de la alcoba habíase consumado el crimen. La estancia estaba desierta. Todos los mozos de la Hacienda habían partido hacia sus diarias faenas. La vacada mugía a lo lejos rumbo al río bajo la vigilante mirada del boyero. Las palmas abanicaban con sus grandes listones de esmeralda. El arroyuelo pedregoso lleno de musgos y coronado de mariposillas blancas y azules corría a espaldas de la casita blanca, que como una blanca paloma, descansara entre verdura y cabe las cristalinas ondas. ¡Era la hora del bochorno!

¡Este medio día del lujurioso trópico que parece poner derretido plomo en nuestra sangre india llena de ardores y rebeldías!

El viejo ricachón sibarita de aquellos contornos, el ridículo don Matías como le llamaban los barbilindos de la ciudad que se llegaban con cautela hasta su retiro para lograr ver más bien dicho espiar, a la guapa Fidelia, su hija, una encantadora morena de quince años. ¡Ya estoy a reventar! Decía encolerizado cada vez que sorprendía una cabezota

atrevida mirando furtivamente hacia la casa para sorprender la sencilla muchacha. ¡Cualquier día pongo un ejemplo para estos atrevidos pisaverdes! Tanto luchar para perder tan pronto mi hija. Me cuesta dinero, mucho dinero, decía, temblándole los labios de ira y ce rrando amenazantes los puños.

En uno de esos momentos fatales, Lucifer abrió sus vampirescas alas y las extendió amenazadoras sobre la cabeza del iracundo don Matías, y allá en el silencio de la alcoba habíase consumado el crimen. La Estancia estaba desierta. Todos los mozos de la Hacienda habían partido hacia sus faenas diarias. La voluptuosidad maldita y el maldito egoísmo habían sido el demonio todopoderoso y tentador; y Fidelia, temblorosa como un junco de los lagos y estremecida como un lirio moreno virginal, cayó violada sobre el lecho de sus antepasados.

Se levantó de allí con una visión de sangre ante sus pupilas deslumbradas y dolidas. El crimen arropado con su manto de púrpura había pasado los umbrales de la estancia; aquella estancia que viera la figura angelical de su madre cuando se postraba a orar, frente al rústico altarcito, y tal vez escuchando del terror, la voz tonante y altanera del marido, aquel rústico y terrible don Matías; aquella estancia sencilla que fué vestida de cortinones albos y adornada de blancas flores el día de la primera comunión. Ahora.........era roja, pero no con el rojo de la púrpura triunfal sino con el escarlata de los asesinos, de los violadores, de los cobardes.........¡Allí murieron sus ensueños, allí fueron sepultadas sus ilusiones todas en el silencio cómplice y traidor; allí su gemi do fué una imprecación solemne al dolor de la madre que ya duerme en el misterio! !

Después desencajada, pálida, ultrajada, ella rehusa mirar de frente al padre ingrato y cruel que la impuso su amor incestuoso como un castigo y como una ley. Matías, el severo antes y hoy sonriente la interroga: ¿Por qué estás triste, di? ¿Qué te hace falta, para volar más bien dicho correr a complacerte? ¿No somos felices en nuestro retiro sin que ningún gomoso te persiga para burlarte después? Todo cuanto poseo será tuyo a mi muerte, y mientras viva seré esclavo de tus deseos. Pero una lágrima de ella que corre impulsada por sus secretos presentimientos, le dá la respuesta más elocuente.

"Oye, tontita, dícela él. Tú estás creída del pelmazo del cura que dice que es un sacrilegio que los padres posean a las hijas; es falso. El único grado de consaguinidad que se respeta es el de la maternidad. Y yo, qué? ¿No te quiero lo bastante para hacerte feliz? Otros dicen que el encuentro de la misma sangre viene a producir hijos idiotas, locos, degenerados; eso es falso; tú no entiendes de ningunita de estas cosas y si yo te las digo es para que deseches todas esas ideas calenturientas de tu imaginación." Y Fidelia torciendo de dolor la boca se traga la respuesta y dá despectivamente la espalda.

Se va rumbo al río que se encamina retorciéndose como una sierpe azul, cabrilleante y rumorosa, en medio de la vegada; se sienta en sus márgenes bordadas de flores y de helechos y tiende su mirada sobre el paisaje, vaga, indefinida. . . . ¡Cuánto no diera por dormir su último sueño allí, bien cerca de esas flores puras y sencillas. ¡Así fué de pura, sencilla y buena su alma! Amar, amar a don Matías, ella? Nó y mil veces nó, ella lo repudiaba, ella lo maldecía, ella deseaba huir. ¿Pero cómo? Cons-

tantemente vigilada, y además, los pistolones que llevaba al cinto y con los cuales sentenciaba su vida a perpetua fidelidad. Ella también no sabía trabajar, no tenía dinero, dónde debía ir arrastrando su miseria y su desventura fiera? Preciso era quedarse con esta cadena maldita al cuello.

Y cómo pondría la cara, qué semblante haría el bueno del cura del pueblo vecino si supiera el enorme e involuntario delito que pesaba sobre su conciencia. . . ? Ella recordaba que una vez maldijo a las mujeres malvadas que tal hacían y a los primos por nada de este mundo les santificaba una unión que él consideraba a todas luces ilegal, atentatoria a las principios cristianos y a los principios de la raza. Y al saber el incesto, que diría, qué enorme maldición lanzaría. . . ?

Pero todos callaban; y ella, era siempre la ingenua y buena Fidelia, tan sólo que la acechaba noche y día como un Argos, el fiero don Matías.

¿ . . . . ?

De pronto. . . . una noche despierta horrorizada. A la luz de un relámpago, una noche tormentosa en el aire vé brillar afilado puñal movido por nervuda mano. Da dos saltos y cae consecutivamente dos veces sobre el corazón cobarde. La sangre corrió a borbotones, flores rojas bordaron el rústico pavimento, y Fidelia, una vez sola la estancia, corrió en busca de luz, y se acercó al altivo hombre que ya no tardaba en cerrar los ojos a la mundana vida; temblaba de espanto, y con voz entrecortada por el hipo de la agonía, díjole: «Ven, perdona; el sacerdote tenía razón; he cometido un espantoso crimen con tigo haciéndote mía cuando a ésto se oponían la religión y la razón. : . . . . . hoy. . . . ya es tarde. . . . .

quedas en posesión de cuanto tenemos y sé feliz. Dame tu mano. . . . . ya siento hundirme en no sé qué espantosos tormentos, y dragones alados y espantosos demonios rodean mi lecho».

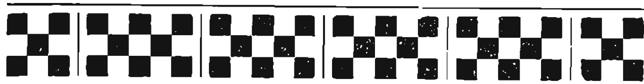
Ella convulsa y espantada le miró retorcerse en los espasmos y convulsiones de la muerte. Cerró sus ojos y partió, salió fugitiva de la casa paterna oyendo como una voz venida de muy lejos, la imperceptible voz de su madre amada que la perdonaba y que la amaba, que la compadecía y que la acompañaba en su infortunio!!

Después; en ese mismo lugar el arrepentimiento y el dolor de lo irremediable y de lo fatal, edificó una ermita. Y los vecinos cuentan que a media noche se oyen quejidos y maldiciones, arrastrar de cadenas y suspiros dolorosos!!

. . . .

Allá en el silencio de la alcoba habíase consumado el crimen. La estancia estaba desierta. Todos los mozos de la hacienda habían partido hacia sus faenas diarias. La vacada mugía a lo lejos rumbo al río bajo la vigilante mirada del boyero; era la hora del bochorno que pone plomo derretido en nuestra ardorosa sangre india, y Lucifer abrió sus alas para protejer el espantoso delito que empurpuró el antes tibio y santo hogar!!





EL VENGADOR

UNA, dos, tres veces cayó el látigo sobre las espaldas de la desdichada y hermosísima mujer! Resonaron sus finísimas fibras al golpear las marmóreas carnes y al cortarlas en casi imperceptibles heridas; escapóse un hondo, un prolongado suspiro, dejóse oír un comprimido sollozo, y los pasos se alejaron. . . . . La voz del marido indignado se dejaba oír: Te he de domar, perra; así a golpes, con el verduguillo, tal como trato a mis yeguas indómitas. Yo soy tu amo y señor, y si como a tal no quieres respetarme, vete, sal pronto. Desnuda sin dote alguna te recibí de manos de la vieja bruja de tu madre, tan mala como tú; sal pues así, llevándote ese arrapiezo que deberá heredar tus virtudes. . . ¡Ja, ja!, ja! Y la carcajada sonó estridente, como burlando la amargura que se enseñoreaba de aquel corazón tímido y sencillo que sufría la desgracia sin atreverse a cruzar palabra.

Al recibo de la mofa sangrienta las Furias pusiéronse en defensa de la mujer y hablaron por sus labios amoratados por los golpes, por el hambre, por el dolor de la incertidumbre:

—Ríete, bien sabes tu maldad. ¿Me golpeas cuando yo sé que tú vienes de allá del lupanar, de donde las mujeres fáciles? ¿Crees tú que yo protesto por amor? No se puede creer que una mujer ame al villano que la maltrata y golpea día y noche; si te he soportado tanto es solamente por mi hijo, por este pobre desventurado que no es culpable de nada, y sí tiene derecho a que yo le compre la felicidad aunque sea con el martirio! Tú, el hombre aquel que en la tribuna hace derroche de oratoria pregonando la moralidad, que en la prensa aboga por la implantación de las buenas costumbres como base estable de un hogar, vienes de éso, cuando ginecólogos y juristas condenarían tu conducta como un delito? ¿No eres acaso un bandido como uno de esos cualesquiera que gimen en las mazmorras penitenciarias? Esas celdas no saben de tus lamentos porque estos crímenes que se amparan al silencio no tienen sanción ni pena alguna. . . . ¿Qué le importa a la sociedad que una infeliz mujer casada padezca de una terrible enfermedad hasta la muerte, y que los hijos desde la niñez, desde que abren sus tiernos ojos a la luz del mundo ya los sientan agobiados por enfermedades graves adquiridas en esos sitios de degradación y de lujuria? ¿Y quién podrá protestar cuando a la sombra de la encrucijada, yo, la inocente, pueda caer vencida como un junco, bajo el golpe certero del traidor puñal de una de esas hijas del arroyo? Ten piedad; pensióname siquiera mi hijo para salir a la lucha, y entonces me iré para dejarte feliz y satisfecho, vuelto a la libertad que tú me pretendes hacer creer que está coartada y nosotros iremos con la frente erguida a donde nos convenga.

—Cállate, miserable, qué derecho tienes a

hablar? Holgazana; todo ésto que ves aquí es mío, me cuesta mis sudores y mi trabajo; lo puedo derrochar con quien me venga en gana; y respecto a esas mujeres son mejores que tú; y siempre que así lo desees puedes recoger tus bagatelas y marcharte, si no quieres que vean tu cuerpo sirviendo de péndulo en ese eucaliptus del jardín. . . . ¡Si nó te mataré a empellones y golpes. . . . prueba. . . !

Y la desvalida e infortunada Emilia, alma sencilla y suave, criada en todas las delicadezas y suavidades, yendo a sentarse en un poyo del jardín, apretando las manos pálidas sobre el corazón, decía: ¡Malvado, excecrable, la sociedad te dá todos los derechos aún hasta los más absurdos que los han tomado de nuestros débiles derechos de mujer! ¡Cómo todas esas elegantes despreocupadas, o esas apáticas señoras burguesas condenarán mi proceder, y me dirán: «Vente con nosotras», para hacer destrozos en la reputación de este villano que es la reputación que heredará mi hijo . . . . . y enseguida, buenamente, me pondrán a la puerta para mofarse de mi desdicha, desdicha general a todas las mujeres en estas latitudes, y ante la cual deberíase elevar una general protesta a fin de ir encaminando nuestros derechos hacia una redención final no lejana . . . . ! Pero es en balde, gemía . . . . ! Y miraba con conmiseración infinita el rostro pálido de su hijo Rodolfo; èste con sus ojazos enormemente abiertos interrogaba admirado, sintiendo como suyo el dolor de su madre:

—Oye, mamaíta, por qué te golpea tanto papá? Por qué no le dices nada cuando él te ultraja, qué quieren decir todas esas cosas que te dice? Por qué en su furia él te arroja de casa y te dice que yo soy también un gandul

y mal nacido y que está hastiado de mantenernos, que trabajes y que me enseñes a trabajar lo más pronto posible para librarse de nuestra presencia que le es odiosa?

Y los interrogatorios salían casi atropellados de los labios infantiles hechos para orar y cantar, de los labios dulces que no sabían de besos ni de caricias, mientras espiaba en el semblante de su madre, con esa intuición propia de los niños, la impresión que en ella causaba. y escuchaba sus sollozos, poniéndose él también a llorar.

—Hijo mío, ven; decíale después el padre. Tu madre, esa mujer, es muy mala; no me quiere y me calumnia, por eso la golpeo. Ven, abrázame. Pero el chico, a respetable distancia, sólo se le quedaba viendo intensamente y recordaba en su imaginación los amoratados golpes que había visto en las carnes de su progenitora, que allá por las cocinas, por la despensa y demás habitaciones interiores, andaba huyendo de la presencia del airado e iracundo marido.

Andate al colegio, lárgate; pone cuidado y atención, que si una queja del maestro viene, ya repetiré la función contigo hasta dejarte nuevo. Decía enfurecido.

Y el chiquillo marchaba lentamente con las manecitas a la espalda, meditando en su inocencia en todo aquello incomprensible, pensando en cómo podría suceder todo lo que veía. ¿No acaso le decían sus maestros que su padre era un hombre decente, no había oído él encomiar su caballerosidad y generosidad? Ah, qué los caballeros golpean a las mujeres, qué es caridad moler a palos un ser indefenso? Y entonces la moral que me enseñan, no me dice lo contrario, o será una equivocación mía o lo será del maestro!... Y callaba . . . ¿Cómo està tu padre, chico? Decíale

siempre que le veía pasar, una hermosa dama, presidenta de la Asociación de Señoras de la Caridad, del lugar. Está bueno? ¿Sí? Dios nos lo guarde para honra de la Asociación, él un hombre tan bueno, un hombre tan santo; no sabemos cómo Emilia tiene diferencias con él, y todo por no ser condescientes y generosas. El hombre es libre; nosotras somos siempre esclavas. Ellos pueden ir donde quieren que siempre su reputación es brillante, nosotras, ah, nosotras . . . suspiraba la dama, mientras el chico ya un poco más grande, empezaba a comprender . . . !

Se largaba de allí bajo el peso de las cavilaciones. «¿Mi padre, presidente de la Asociación de la Caridad? Qué caritativo; ya le querría ver muerto, me perdone Dios, pero ya estoy cansado de su infame conducta con madre, de escuchar los mismos lamentos, de sentir los mismos golpes . . . y sobre todo de verla siempre sin dinero, en apuros, con el semblante pálido y la mirada lacrimosa. Y él, por qué no se va y nos deja en paz?»

Después de cierto tiempo, habían transcurrido varios años, quizá muchos, ya el niño era un joven apuesto y elegante, había terminado sus estudios universitarios y vivía al lado de la madre, inválida y triste, contemplándola hasta en sus ínfimos caprichos y antojos. ¿Inválida y triste? Sí; enormes ojeras rodeaban sus tristes ojos que brillaban en su rostro amarillento y apergaminado; las carnes flácidas pendían de sus huesos. El martirio, el hambre, los golpes, habían obrado su efecto, seguro, rápido, descontado: ¡La tuberculosis! Ya le había robado hasta el último glóbulo rojo a su sangre. Pálida como un papel y flaca como un espectro se sentía morir; a cada momento que pasaba una angustia mortal apretaba su corazón; qué sería

de él, de su hijo Rodolfo, del niño adorado de su corazón? Si sería siempre bueno y estimado en manos de su victimario el caballero de la Asociación de Caridad, el periodista eminente, el orador, el moralista de altos vuelos! Y lágrimas enormes surcaban sus flácidas mejillas . . . .

El hijo frente a ella era un vengador: Madrecita, no estés triste; quiero verte siempre contenta y resignada. ¿No me tienes a tu lado, no te queda el consuelo de que si sufriste tuviste un compañero siempre fiel en tus sufrimientos? Además ese mal ya curará. Pero apartaba su rostro para que ella no viese en él las lágrimas de dolor y rabia que se deslizaban de sus ojos.

—Tu padre es bueno, hijo mío, decíale la muy santa; después de mis días pórtate bien con él. No es el culpable, fué mi destino el que me trazó ruta tan sombría y desdichada. Pero el hijo callaba sin aprobar los pensamientos de la noble y generosa madre.

Mi madre que en los cielos esté, continuó Emilia, quiso que yo me casara con tu padre. «El es serio y tiene dinero, y llevas ahí un porvenir asegurado," díjome, y a él le aconsejó que me llevase lo más estrictamente sujeta porque la mujer debía vivir ligada a la voluntad del marido y soportar pacientemente sus desvíos, ultrajes, golpes, etc. Además su naturaleza imperiosa y fiera le hizo ver en mí un pararrayos dónde poder descargar su mal humor, su bilis y todas sus decepciones. . . . y como yo fuí humilde y callé; ya ves, hijo del alma, el estado en que estoy. La temible enfermedad secreta que adquirí por su culpa fué el primer peldaño que me llevó a esta enfermedad temible que hoy me tiene cerca de Dios. El día en que una mujer aparezca en tu camino,

sé bueno con ella, considérala y ámala; y cuando el amor haya desaparecido de tu corazón y no sientas poderosos los lazos del deber, entonces divórciate, sepárate de ella; pero hazlo como un hombre caballero todo nobleza y corazón, y cree que éste es el ramo más encendido que de tus jardines espirituales puedas poner en mi tumba. . . .

Y el hijo callaba mirándola con inmenso amor. . . . mientras la infatigable pálida con sus intangibles pasos y su guadaña bordada de luna y de lirios se acercaba lentamente. . . . . !

———

La luna desde lo alto de los cielos tejía una inmensa blonda de plata que como traída por las manos de los serafines venía a envolver el féretro donde descansaba Emilia. En el jarrón del silencio agonizaban los lises de plata de las estrellas lejanas, y envolvía la estancia el aroma de los jazmineros y de los heliotropos que daban su postriprimer ofrenda a quien fué toda perfume y luz! Los cirios parpadeaban y las lágrimas de cera corrían a lo largo de los candelabros oscuros; cerca estaba el victimario, el hombre correcto y caballeroso que acompañara a su esposa «hasta el último momento», es decir, que le diera martirio hasta el final; y en un ángulo en sombra, como una sombra que se ampara a otra sombra mayor: ¡Su hijo, el vengador, el verdaderamente desamparado, que desde sus tinieblas trataba de alzar el velo de todas las conformidades con el destino y de todas las rebeldías con la injusticia, ¡y que espia ba a su madre con los ojos preñados de llanto.

Ya de vuelta de aquel largo recorrido que llevaba al sagrado recinto donde la grama es natural y mullida alfombra para los profanos

pies, y regio brocado para el Ara donde duermen todos los que en la existencia fatigosa tanto lucharon y amaron tanto, donde los lirios crecen airosos y fragantes cerca del ciprés que rígido se eleva como una oración por todos los infortunados, de vuelta de ese sitio sombrío donde el llanto forma cristalizaciones sobre las marmóreas losas de los sepulcros, frente a frente del hijo adorado, el padre sin ventura en cuya conciencia hace presa el remordimiento, el padre que trata de olvidar la enormidad de sus culpas, lo enorme de aquel delito que la ley no condena pero la conciencia, sí, dícele: ¡Ahora no nos separaremos nunca: yo adoré a tu madre, tú debes ser bueno para semejarte a ella y porque yo te dí lecciones de buen caballero. No debes lamentar ni llorar su ausencia; ella descansa.

—Sí padre; ella descansa a Dios gracias. Las lecciones que usted me ha dado no se me olvidarán, pero jamás las pondré en práctica como un obsequio a la memoria de mi madre. En cuanto a la comunidad de vidas es imposible; jamás me resignaría a vegetar oscuramente; tengo que abrirme campo, salir, luchar, triunfar. Sin ésto no valdría la pena vivir. Es la vida continuo movimiento y perenne lucha y el descanso de la muerte, obligado, debemos conquistarlo. No debemos llegar a ella fracasados, burlados, vencidos. Toda la tristeza de los ojos de madre se trocó en majestad y en altanería en mis ojos, y toda la dulzura de sus labios, en los míos es absintio, es ajenjo; la bondad de su pecho es escudo al mío, porque solo los fuertes sabemos y logramos vencer. . . . ¿Ser bueno, humilde, padre, en estos tiempos es acaso un mérito? Ya vendrán los tiempos en que la mujer no sea una esclava, sino una compañera que nos comprenda y

que nos haga respetar sus derechos, que se sepa hacer amar y comprender porque nosotros, padre, no sabemos querer a nuestras mujeres reduciéndolas al rango de sirvientes y de esclavas hasta el grado que no admitimos ni siquiera que tengan opinión propia. La ley las considera como irresponsables, y nosotros les negamos todo talento y todo derecho como responsables, pero sí se los concedemos para descargar sobre ellas el peso de nuestros dolores, de nuestros fracasos, de nuestras maldades ....

Dijo, y la voz resonó airada en la estancia. Ahora, padre: ella me enseñó una altísima lección: la generosidad, los principios más altos de humanidad: compasión y perdón. Si yo no puedo seguir viviendo con usted porque no le complacería salir de su casa en pos de mis pasos, y porque a mí tampoco me agradaría estar prisionero entre los anillos del recuerdo torturador, el día en que se sienta mal, el día en que presienta que ya los soles pararán su curso para su días lóbregos y grises, entonces, llàmeme, que aquí, arrodillado a su lecho volveré y hermanaré mis sollozos a éstos que me amargan la vida y que parecen herir de muerte mi garganta!

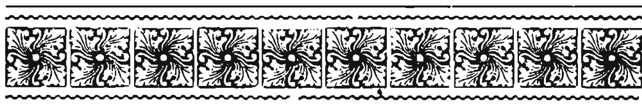
*
* *

El viejecito espiaba la senda por donde el hijo partió; el sol asomaba su disco rojo y brillante tras las crestas de la sierra como una crisanthema de llamas; la oración aleteaba en sus labios sintiendo el frío espantoso de la vejez que se colaba en sus huesos y se amparaba en sus sienes; el paisaje aparecía como bañado por la lluvia, retocado y lujoso; la casita solariega bordada de flores en su contorno, y allá...

el poyo musgoso parecía aprisionar todo el dolor aquel, aquella amargura que habíase encerrado y para siempre, en el corazón del único hijo perdido para toda la vida, quizás; aquel Rodolfo que musicalizara el silencio con sus risas infantiles, y que poblara de ensueños las vidas aquellas solitarias y llenas de recuerdos!!

¿Acaso no el recuerdo es amargo, punzante, torturador? Parecía decir la mirada misericordiosa y dolida de Emilia, copiada por el más hábil fotógrafo del país, y destacándose como una inmensa luz en medio de la SOMBRA!!!





UN GESTO

Violeta abrió la caja con curiosidad y seis lindos pares de guantes de seda en varios atractivos colores de moda venían en ella; un frasco de perfume atado con cintas primorosas y unos bombones.

Una sonrisa encantadora frunció su linda boca y mientras todos los empleados del despacho la espiaban con curiosidad, ella se acodó sobre su escritorio enseguida de guardar el obsequio, y se quedó abstraída en una meditación profunda:

El, su jefe . . . Guillermo, cruzábase gallardo por su pensamiento, que creía rendirle ya no sólo el culto de la buena amistad, sino ese algo picaresco e inquieto, desconcertante y divino que se llama AMOR. Desde que le había dado colocación en aquella importante Oficina no había dejado de atenderla como se merecía. Hacía poco el Correo habíale traído un paquete voluminoso conteniendo libros de autores escogidos para que ella se deleitase en sus ratos de ocio; en seguida unas lindas medias de seda transparentes destinadas a enfundar el más

lindo par de macizas pantorrillas.... hoy es otro paquete conteniendo el exquisito regalo.

A pesar de su golosidad de chica juguetona, Violeta no rompió el paquete de los bombones; estaba abstraída, dominada por tantas impresiones....

Junto con el paquete venía una tarjeta en la cual él la llamaba a la oficina principal para tenerla siempre a su lado; pero él disfrazaba su intención diciéndole que era para mejorarla y para rodearla de otro ambiente más en consonancia con sus aspiraciones, y mucho más distinguido. Eso traía preocupada a Violeta. Y si su jefe le declarase categóricamente su amor y ella por ciertos escrúpulos y circunstancias no podía corresponderle? El era un hombre casado, y tenía por esposa una mujer tan llena de celos, que un sencillo flirt puesto en práctica con el marido, era lo suficiente para desbaratar todos los planes que se forjara para un futuro pues pondríale su reputación a media calle.

Cómo negarse a asistir a la Conferencia de cuyo resultado bonancible ella podría esperar un destino?

Pensó en su situación: Ella era pobre, y lo que era peor, pobre y con una posición social bastante distinguida que sostener, con todas sus apariencias y vanos formulismos. Tenía que trabajar, por eso habíale solicitado colocación.

Y en esta Oficina ella era respetada y querida y se le guardaban todas las consideraciones que se merecía.... y aún más, los necios y bobalicones de compañeros de trabajo la consideraban como una presa segura de su jefe, así es que la mimaban y adulaban y hasta pedíanle recomendaciones para su Principal. ¿Y si la obligaba a retirarse del trabajo, cómo haría entonces? Ambularía de un lugar a otro

pasando dificultades. Dispuso mejor hacer frente con diplomacia a las circunstancias y al tiempo del viaje armándose de resolución y serenidad, con gusto partió.

Provinciana, pero provinciana educada en el extranjero y acostumbrada a viajar, con una ilustración sólida y exquisita cultura, una mañana presentóse Viola elegantísima y atrayente en la Casa Central con toda su desenvoltura de mujer de gran mundo. Envuelto su cuerpo en un traje ajustado cuya gruesa seda dibujaba los firmes y enérgicos contornos de su cuerpecillo afelpado y ceñida su cabeza con una graciosa gorrita de terciopelo bajo cuya pequeña ala salían alborotados e insolentes los graciosos rizos de su melenita oscura.

Con su manecita enguantada abrió su lujoso portamonedas y sacó una cartulina para entregársela al criado: VIOLETA RODRIGUEZ.

Esta llegó a las manos de su jefe quien loco de alegría dió orden inmediata de que fuera conducida al salón particular. Pasó por entre la larga fila de empleados y empleadas que a esa hora se retiraban a sus hogares a descansar. Todos ellos clavaron en Violeta una mirada inquiridora. ¿Quién es? . . . Una nueva víctima! Se decían. Y ella, gallarda, desafiadora, acostumbrada a estar entre las multitudes, a soportar la vista impertinente de muchos que lo hacían para admirar la frescura de su juventud y su elegancia y buen porte, no reparó en ello y siguió adelante hasta llegar al fin de la escala donde estaba Guillermo ceremonioso y galante en su espera. Tendióle su manecita que él besó y estrechó entre las suyas e invitóla a esperar en un silloncito de mimbre, mientras él terminaba de hablar con varios personajes de asuntos administrativos.

Desocupóse y con la más zalamera sonrisa se le acercó diciéndole: Vengo a atenderte, Alma; aquí en estas oficinas tú también tienes compañeros, artistas, bohemios parleros y locos como tú.

Violeta era pintora; había hecho sus estudios artísticos en Roma pero la pobreza y la aventura habíanla traído nuevamente a su querida patria, y como en nuestro ambiente no valen la pintura, la literatura ni nada que suene y huela arte. . . . ella había tenido que claudicar momentáneamente y entrar al trabajo rudo teniendo que aceptar una plaza de Secretario.

He mandado preparar una comida especial para nosotros y sentaremos a nuestra mesa a cinco de tus compañeros que te presentaré.

Vinieron las presentaciones y despuès una lujosa limousine los condujo al restorán de moda. Hubo brindis calurosos y la alegría se enseñoreó de tanto corazón joven después de la disciplina mental tan larga de aquella mañana que había sido abundante de labor. En medio de la alegría, él, su jefe, aquel hombre galante y caballeroso que tratábala como una hermana, que tantas gentilezas había tenido para ella, chispeante y loco de placer, dice: Tu amiguita Leonor fué mi amante. Ella levanta asombrada los ojos y los clava interrogadores en los ojos de él, de Guillermo, y le dice: ¿Mi amiguita? Habrás querido decir mi prima.—Tu prima? Guapa prima tienes, y talentosa y culta. Ya no hay nada entre nosotros; fué simplemente el más lindo recuerdo y encanto de mi primera juventud. Continuó él como para borrar la pésima impresión que se imaginaba haber causado en ella, pues vio cómo un leve pliegueecito surcó su frente y sus ojos veláronse

con el tedio y el aburrimiento. Terminada la comida ellos, los invitados, despidiéronse por tener que tomar nuevamente el trabajo y Guillermo quedó solo con Violeta que en la hamaca descansaba y fumaba un espléndido cigarrillo turco.

—Oye, Violeta mía: cómo debes vivir de aburrida en esa Sucursal donde te tengo; casi todos estos pueblos centroamericanos son tristes. Tu medio ambiente es éste, aquí entre compañeros. Tu vida sería menos monótona mientras puedes regresar a Europa. Si me quieres, yo te mando; pero no vas a trabajar, vas de paseo, y. . . . pero el tiempo que falte lo pasamos juntos, muy juntitos. Tú puedes llegar a figurar mucho aquí. . . . yo puedo ayudarte a hacerlo. Yo te serviré de introductor en la alta sociedad mundana y artística.

Ella quedóse callada; ¿Qué iba a responder, qué clase de proposición él le lanzaba? Ella sabía que era casado, y la conducta observada en la mesa recientemente le había hecho conocer que jactábase de las cosas hechas y también de las por hacer. El pregón de la delicadeza de una muchacha que le había amado; la publicación de la falta de la mujer que le adoró sin imaginarle tan canalla, la puso fuera de juicio y con cierto asco disimulado le miraba. Quieres pertenecerme, quieres darme una prueba de tu amor hoy que la ocasión nos es tan propicia? Decíale ardientemente mientras la acariciaba las manos pequeñinas y blancas. Alzóse Viola de donde estaba sentada y poniéndose en guardia le contestó: Te amaba, es verdad, pero por cosas que no me explico, acabo de repudiarte. No podré amarte nunca ni menos pertenecerte. Seremos hermanos y amigos; como tú quieras. ¿Adoras el resplandor de mi alma inquieta y enamorada?

Pues siempre te podrás ver en ella, pero de allí a dar un enorme salto de la espiritualidad a la carnalidad? ¡Nunca!

—Pero te digo, Viola divina, que tengo que hacerte subir mucho. Tú alcanzarás popularidad y prestigio, tendrás un lujo asiático y la verdadera atmósfera que necesitas. Piénsalo, piensa.

—No necesito de escala para subir: quien tiene dos alas puede abrirlas cuando llegue el momento que a todo mortal le decreta el Destino, y lucirlas y batirlas bajo los cielos de la gloria y de la consagración. Las águilas tienden su vuelo majestuoso en busca de su nido en las cumbres bañadas por la luz de todos los soles, y los reptiles penosamente van tal vez solo a morir, a dejar el último aliento de una vida inútil que solo supo medrar en la sombra. De eso no podrías jactarte, de subirme; si hay talento se logra ascender siquiera un poco; pero si no lo hay, todo esfuerzo resulta una caricatura ridícula de nuestras ambiciones. En cuanto a ese lujo asiático e imaginario, ya estoy acostumbrándome a la vida de estos pueblos sencillos, y para ésto me basta el decoroso esfuerzo de mi mente y de mis manos. Y calló.

Violeta mentía. Todavía amaba a Guillermo a pesar del desprecio; pero le causaba asco, miedo y repulsión. Pasaron sus momentos en la más absoluta seriedad, sin los efluvios íntimos del amor que había soñado, y lo que es aún más, sin los ardores de un connubio que él había idealizado en su pensamiento. . . . . y después se separaron.

Regresó ella a su Oficina y pasaba los días tranquilos y trabajando asiduamente. No así Guillermo que sabía que un galán asediaba a Violeta y que ésta, por tratarse de un hombre

culto y correcto, le había aceptado formalmente. Doliéndole profundamente el desaire y conociendo la dolorosa situación, él trató de aprovecharla tomando vergonzoso desquite. Desde su Oficina impartía órdenes enérgicas, brutales, imposiciones monstruosas, que siendo generales tenían que lastimar profundamente a la joven Secretaria. Hasta el punto de comprender ella que ésto no era más que una despedida amarga pero muy cortés. Con olímpico desprecio complacióle: púsose sus guantecitos, su abrigo y su sombrero y salió después de entregar el trabajo a su cargo.

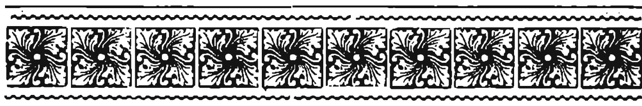
Algunos días después se vieron: Violeta altiva, con un profundo desdén. Conturbado él. Tuvo que escuchar las palabras que salían lentamente por aquellos labios divinos color de rosa encendida.

—Creía usted que con un empleo iba a comprar mi cuerpo? Es que cree que todas las mujeres vendemos por un plato de lentejas nuestro patrimonio de ser libres, altivas y dignas? Usted es un miserable. Aquí tiene sus obsequios que habrán de dolerle por el costo y más aún por la intención frustrada. Si se recuerda alguna vez de mí, evóqueme en estos precisos momentos en que le doy con la punta del pie para echarlo a los negros rincones del olvido. Y así tendrá una lección para saber que aún habemos mujeres jóvenes, con aspiraciones y pobres, que somos aventureras, es cierto, pero que tenemos el orgullo de largar un imbécil que trata de pagar con cobres miserables el afecto y el aprecio de una pobre muchacha. . . .

Dió ella la vuelta hacia su hogar. . . volvía a la necesidad imperiosa, a la pobreza extrema en que había vivido; necesitaba trabajar, estu-

vo mucho tiempo enferma de la enorme desilusión. . . . y después cuando le proponían un empleo, ella agudizaba su imaginación, la asomaba a sus ojos en forma de velada pregunta: ¿Necesita usted una empleada competente, una compañera de labores asidua y dedicada, o una mujerzuela con quien satisfacer sus más bajos apetitos. . . .





SUPREMA Y UNICA LIBERACION

LOS ojos enrojecidos; los trajes cortos, demasiado cortos, dejando adivinar mucho de pantorrilla y casi los lindos calzoncitos de raso color carne, la melena alborotada y el rostro encendido. . . . En la boca un cigarrillo cuyo humo en espirales delicadas sube al techo del cabaret. Irene, Nita como la llaman sus asiduos, es una fresca muchachota, y nada más. Respecto a belleza, un tipo insignificante; nada de encantos naturales a no ser su juventud. En cuanto a poder conversar con ella? Pues todos los señorones clientes del desdichado centro la prefieren y la buscan: Nita es una muchacha ilustrada, habla varios idiomas, canta, baila muy bien, y toca con mucha maestría el piano.

Hoy. . . . la noche ha sido abundante en champán rubio y en orgía, y ha amanecido destrenzada y triste a la par de Alfredo, el estudiante, que siente un placer enorme en departir con aquella mujer triste y desgraciada, pero que fuerte aún, sabe iluminar con fulgo-

res de una engañosa y pasajera alegría los minutos siempre grises de su vivir.

—Pero Irene: ¿Qué vendabal del infortunio te trajo a este lugar? Tú no eres nacida para este sitio. No te imaginas cuánta lástima me dá encontrarte en él y como te ayudaría el día en que quisieras dejar esta vida de depravación.

—No me hables así, Alfredo. Hay suertes ingratas, la mía es una de esas. Ya ves. Tuve una esmerada educación pues mi padre pretendía cumplir con su deber y me pagó los mejores profesores . . . . pero él era un viejecillo rústico cuyo brutal carácter no había podido ser refrenado por la poca ilustración que tenía. Alfredo, esta mañana llena de nieblas, cuando yo siento desvanecerse las nieblas del recuerdo en mi cabeza dolorida y estrecharse más las de mi existencia, siento ganas de llorar, de gritar desesperadamente al poder de la evocación como lo hice cuando era buena, cuando su lengua viperina y audaz me pregonaba a los cuatro vientos todas las maldades imaginables . . . . delante de los vecinos que me fueron tomando injustamente como una perdida!! Una mañana de septiembre, una de esas mañanas cálidas impregnadas de ese aroma fuerte con que se empapa la tierra para entrar en la estación seca y comenzar a rendir, yo regresaba contrita del templo; mi alma era sencilla. Creía mucho: fuí a encender una vela, a poner en el Ara unas flores, y después de rodillas e inclinada oré profundamente: ¡Señora de la Castidad, Señora purísima, conservadme pura y casta; yo quiero ser una de esas rústicas corolas que agonizan en vuestros altares. Moderad a mi padre y hacedle comprender sus deberes, y dadme resignación». Oí misa confortada y regresé nuevamente al hogar. Pa-

dre se hacía cargo de tomar las cuentas a los sirvientes; en eso estaba y en viéndome se abalanzó hacia mí diciéndome: ¡Beata poca vergüenza, poco digna; la misa que has oído es una misa roja, cuyo placer hasta en el semblante lo traes escrito, y comenzó desde entonces a decirme unas cosas horribles y la servidumbre oyendo. Esos fueron los primeros pregoneros de mi mala fama. Seguidamente me cancelaron mi empleo como Profesora de una Escuela musical . . . . caí entonces en un profundo abatimiento. Cuando algún novio pretendía acercárseme como tal, yo suspiraba con ansias de redención. Pero después de algún tiempo, observando la conducta hostil de mi padre, pedíame la consabida prueba, y yo airada protestaba. —Por qué te enojas, Nita, cuando sabemos muy bien que tú eres complaciente? —Y cómo puedes saberlo? —Pues tu papá lo dice . . . . . justamente una vez que yo pasaba él te abrumaba a cargos y muy bien me dijeron otras vecinas que eso era cierto y que siempre se ofrecían esos espectáculos. Que condenaban tu conducta pues si tienes amante ya deberías haber buscado su apoyo para evitarte esas desagradables escenas.

¡Ay, Alfredo . . . . un hondo sollozo subió de mi garganta a mis labios; y una explosión de lágrimas como una corola hecha de sales licuada por una invisible mano, la del dolor, se asomó a mis ojos . . . . Miré aquel importuno, atrevido, alejarse . . . . y me quedé en silencio. ¿Cómo habría de negar ante tan fundados cargos? Y después otro, y otro . . . . comenzó el desfile doloroso, el doloroso Calvario. Convencida y dolorida, fuí de un hombre que me ofreció amarmo a pesar de todo y ser bueno para mí. Fué el primer engaño, el primer paso en falso, la caída. El primer amante me min-

tió; mintióme el segundo .... y también el tercero. Y así .... Yo, abatida y desengañada no tuve el suficiente valor para resistir. No tenía quién por mí; el viejo infame de mi padre había muerto! Me encontraba sola; me dí a la bebida para olvidar las penas .... Y cansada de la soledad decidí entrar en este cabaret de lujo porque aquí tengo siquiera la compañía de otras desventuradas.

—Y puedes sentir amor por algún hombre, dí, no has consultado tu corazón? interroga suavemente la voz del estudiante.

—Amor? No he conocido eso nunca. Sólo el odio y el desprecio. Cuando soporto las caricias de un vago es sencillamente por el vil metal nada más, no porque quisiera escupirle el rostro y largarlo como un mal bicho.

—Y ansias de regeneración no has sentido?

—Regeneración? Eso es mentira. ¿Qué dirían al verme pasar? Allí va una perdida una flor del lupanar .... Y yo si vuelvo atrás mis pasos en la vida sentiría en ese momento una terrible puñalada en el corazón .... también iría a buscar trabajo; las puertas honradas de las honradas señoras se me cerrarían con espanto, y dirían: ¡Es una meretriz, una hembra de corrupción. Y si supieras .... habemos mujeres de prostíbulo que tenemos más pura y blanca y buena el alma que esas grandes señoronas solapadas, de cuerpo limpio pero de sentimientos negros y de almas bastardas y plebeyas. Pero así es el mundo de injusto.

Siguió hablando largamente, recordando de cuando ella fué alumna de un Convento .... de cuando hizo la primera comunión .... y hoy se veía enlodada y vencida .... pero una terrible y espantosa carcajada se escapó de su garganta alabastrina como burlándose de su

propia pena. Sábes? Cuando estoy más triste voy al panteón a arrodillarme ante la tumba de ese vejete para que desde la eternidad me vea, si es cierto que hay espíritu y que este es inmortal y todo lo vé, para que contemple su ofrenda, la ofrenda que él deseaba: una rosa del pantano. A qué hablar de todo eso que me roe el corazón y que me destroza el alma, amigo mío? Mejor, oye bien, aquí va hablarte mi alma doliente coronada de espinas . . . . Dice y se sienta al piano. Inclina la cabeza soñadora, vuelve al sonoro clave sus ojos inundados de llanto amargo y las manos se deslizan ágiles por el teclado . . . . Hondos suspiros de emoción, melodía infinita, cadencia suave y dolorosa como la plegaria de un alma crucificada por la maldad y la más intensa amargura . . . .

Cuántos momentos estuvieron cerca del piano la desventurada Irene y su amigo . . . ? No se dieron cuenta. Pasado el momento de emoción enjugàndose los ojos se levanta y le tiende la mano a Alfredo. Amigo mío: estoy cansada y tengo ganas de dormir un tanto. No te olvides de mí y si es cierto que me has comprendido frecuéntame siempre; aquí te esperará mi corazón abierto a las grandes impresiones y que como te digo, no está corrompido. Mi cuerpo . . . . qué importa . . . . ésto no es más que el ordinario vaso que encierra la delicada esencia de mi espíritu tanto más fino cuanto que sufre más! . . . Adiós!!

Y Alfredo emocionado, deslumbrado ante tanta magnificencia espiritual y tanto dolor, le tiende su mano y se aleja calle arriba, interrogándose profundamente, y llegando en fin de cuentas, a creer en el destino y en sus injusticias y cueldades.

. . . .

Irene, la dulce y gentil Nita está mala, muy mala .... Va a morir. Un sacerdote ha acudido en recibimiento de la descarriada oveja para conducirla de nuevo al cristiano redil. ¿Quién le llamó a ese sitio? Tal vez una de esas desdichadas cuya alma abriga todavía una dulce creencia. Pero Nita, dulcemente le rechaza.
—¿Confesarme? ¿Y qué voy a confesarle a usted, señor mío? ¿Qué he sido muy desgraciada, que he sido víctima de las pasiones ajenas, que no encontré en el camino de la vida una mano buena que me salvara de la desesperación y me llevara amorosamente a los regazos de la conformidad? ¡Eso ya lo sabe, pues! ¿Perdonarme, y de qué podría perdonarme... ¿De haber sufrido tanto? Si el sufrimiento es un segundo bautismo, mi alma ascenderá pura, lavada por el martirio, por el enorme sufrimiento .... mi cruz ha sido bien pesada. Puede retirarse, venerable señor. En estos momentos lo que necesito es una mano amiga que me tome mi mano pálida para entrar valientemente en la agonía, a caminar el último sendero que me llevará al verdadero reposo. Llamen a Alfredo.

Alfredo acudió generoso y bueno. Ya la agonía empezaba. Los ojos de Nita iban poniéndose vidriosos y la nariz afilada. Los labios le temblaban e iban poniéndosele intensamente pálidos. El, solícito humedecía con cristalina agua los labios cansados y acariciábale la dulce testa ornada de espléndidos cabellos negros. ¡Desventurada! ¿Por qué no tener con ella la primera desinteresada, caritativa y cariñosa atención?

Al alba, un suspiro doloroso se escapó de su pecho y sus miembros quedaron rígidos. En los cielos se levantaba de su perezoso sueño el rey sol con sus dalmáticas de fuego y su cetro

de llamas, y para el alma infortunada también había sonado la hora, el sol de la justicia y de la consolación había vestido sus peplos de eterno fulgor y empuñado el cetro luminoso y refulgente de la eterna, de la suprema verdad . . . .

. . . .

Por la amplia rúa bordada de corolas luminosas iba el féretro crujiendo sobre los hombros de los cargadores . . . !

Por la ancha calle que tantas veces la viera pasar sonriente y galante, iba la débil corola tronchada y marchita . . . !

Las campanas daban sus metálicos sones; con sus gargantas de bronce lloraban por ella, la suprema infortunada . . . !

No tenía un pecho amante en la vida. La doblegó el infortunio. Su hora final fué de claro regocijo, fué su hora pascual . . . !

La luna más piadosa que los hombres la aclamará blanca y buena con la escarcha de su luz fina, y los pajarillos diránle estrofas dulces y armoniosas bajo el silencio crepuscular . . . !



"Por el Ojo de la Llave"

LESBIA había llegado a trabajar a esa escuela. ¿Por qué? Capricho solamente, necesidad urgente nó. Lesbia era un espíritu escogido, sensible y fino. Brillantemente educado, antena poderosa para percibir hasta las más lejanas sensaciones; sensaciones que ella sabía aprisionar en páginas dilectas. Lesbia militaba en la legión de escritores, es decir no legión porque los escritores escogidos son contados. Pero esa era su bandera: ¡La idealidad suprema de la belleza conquistada por la palabra!

Y así llegó entre el corro aquel de mujercitas vulgares que la miraban de pies a cabeza y ya a las espaldas, cuchicheaban entre sí. «¡Pedante, orgullosa». Se le imagina que es muy alto valor». Y así . . . . pero Lesbia a decir verdad no era pedante ni orgullosa, sino sencillamente tenía un verdadero mérito, un valor intrínseco, y a ellas eso las ponía fuera de sí. Además Lesbia, con su carácter huraño y triste, se mantenía siempre a respetuosa distancia, cosa que a ellas no les agradaba; espíritus vul-

gares que se mantenían en un cambio directo de necedades intelectuales y de bromas vulgares, la reserva altiva y digna de Lesbia les parecía cosa reprensible. ¿Quién eres? Habíale dicho una lengua amiga como avisándole la maledicencia escolar? Lesbia sonrió:—Quién soy? Algo que está muy por encima de sus necedades y vulgaridades. Un espíritu que ellas no llegarán a comprender jamás. Y calló convencida y orgullosa, ya herida en su amor propio y delicadeza.

Una tarde que llegó como de costumbre a consultar el reloj antes de empezar su trabajo pues Lesbia era una artista de primera: era también dibujante y caricaturista, se encontró con el montoncito necio de carne humana, como siempre, hablando vaciedades. Saludó cortésmente y buscó con la mirada el reloj. Una de ellas, quizá de acuerdo con las otras, díjole:—Lesbia, usted dicen que también escribe v que su literatura es bella. Yo desearía leer un cuento precioso que se llama «POR EL OJO DE LA LLAVE» y que se debe a su magistral pluma. Lesbia púsose de frente y clavó en sus ojos la escrutadora mirada de sus negras pupilas. Detrás del deseo torpemente manifestado se escondía una intención maligna. Lesbia era como un punto de luz en derredor del cual se agrupasen todos sus compañeros, todos los artistas. Y ésto, en lugares pequeños y maledicentes, dá lugar a hablillas, sobre todo cuando la persona juzgada tiene talento y cualidades para salir mal parada en los tribunales de la ajena conciencia. Pero Lesbia era la mujer perfectamente coqueta. Sabía hacerse festejar y atender sin conceder nada ni rebajar un ápice su dignidad. Había ascendido rápidamente en los círculos artísticos e intelectuales de su patria, y su casa era como un Cenáculo don-

de reuníanse todos los iniciados para cambiar dilectas impresiones. Lesbia tenía el talento de saber vivir.

Pero aquellas almas ahitas de cieno trataban de humillarla, sin recordar que todos tenemos rinconcitos en la conciencia muy poco iluminados. Porque si así no fuera, seríamos seres perfectos, y dónde està la perfección? Lesbia con todo aplomo les contestó: Dice usted muy bien, Eleonora. Yo tengo un bello cuento intitulado «Por el Ojo de la Llave». Pero no sé si a usted le gustará. El recorte lo tenía pero se me extravió. Sin embargo, como yo no quiero que usted se quede con el deseo de conocerlo se lo referiré a grandes razgos. Y Lesbia empezó a relatarle una pequeña historieta de la íntima vida de Eleonora.

POR EL OJO DE LA LLAVE

Esta era una joven algo guapa y atractiva que había viajado un poco y que por esto se creía con derecho a tener una grande ilustración y distinción, cosa muy difícil. Pues la distinción se hereda, viene en el alma y los sentimientos, y la ilustración se obtiene cuando se posee un espíritu investigador y sediento de análisis, y cuando se viaja también en ciertas circunstancias. Pero Ifigenia, que es la protagonista de mi cuento, no había viajado así: ella, sencillamente había trabajado en trabajos penosos, humillantes e insignificantes. Más bien, ella habíase humillado a una raza que se cree superior. . . . y sin haberle copiado sus generosas costumbres, había copiado sólo las vulgares e insignificantes cuales son un lujo extremado, y como todo aventurero, aprender a hablar mal de todas las personas puestas al alcance, contar embustes y juzgar siempre bajo

el prisma de la envidia y de la pequeñez moral. Pues bien: sin aprenderles nada bueno, ella regresó por la necesidad, al seno de la patria. Trató de trabajar como oficinista, pero no pudo; y en la primera casa comercial donde la pusieron a trabajar, ella pasaba los días muy tristes cuidando la carga que sacaban los carreteros para las estaciones y escuchándoles su lenguaje tabernario. Desconsolada por el poco sueldo y lo humillante del trabajo dispuso cambiar de atmósfera e ingresó a una Escuela superior de varones. Allí conocióse con Edgardo, un maestro pequeñito y negro como una avellana; pero muy inteligente y bueno. Enamorarse perdidamente uno de otro con la celeridad del rayo, todo fué uno. Los días pasaban rápidos como relámpagos, y ella ardiente con la fiebre del amor sólo pensaba en un matrimonio a todo trance. Pero es el caso que Edgardo no daba trazas de aquello. Hasta que por fin .... aquí viene lo interesante.... Una tarde en los baños de la escuela se dieron cita con el adorado. El sitio era lo más a propósito posible: bastante discreto, empenumbrado, y tenía llave. Allí entregáronse a los transportes de una desesperada y horrible pasión. El aprovechando el momento y urgido por las circunstancias, estremecido y tembloroso, levántale las faldas de fino satín y tócale todo sucuerpecito, todo, que temblaba de pasión. Ella gemía deseando quizá quién sabe cuántas cosas. . . . por supuesto que allí habíasele olvidado el gran respeto que se merece un sitio tan sagrado como lo es la escuela y todos los respetos humanos. ¡Quién sabe hasta dónde hubieran llegado si no hubieran sido dos ojos pícaros y juzgones, que parecían los de un felino, y que aplicados al ojo de la llave se deleitaban con el espectáculo. Eran los de un viejo maestro, pícaro redomado que le gustaba

enterarse de las cosas ajenas también, y quien previendo la inminencia de un suceso nada grato para él como director, dió un pujido, y entonces él, pálido de espanto, la arrojó a la hebetada que había vuelto en sí y fué a caer sobre uno de los pilares del cuarto. . . . ¡Cuánto gozaría el viejo maestro, pícaro redomado, viendo blancos muslos y quién sabe cuàntas cosas más! Pues después ella siguió trabajando y aparentando una seriedad ilimitada y juzgando mal, pero bien mal a todas las mujeres coquetas y alegres, pero no débiles ni locas que se ocupaban de enseñar sus marmóreos muslos a un hombre que estaba dispuesto sólo a jugar con ella como con un muñeco de lindo alabastro! ¿Le gustó el cuento Eleonora?»—dijo Lesbia dulcemente, y mirándolas.

Eleonora se mordió los labios aparentando disimulo, y diciendo: Lesbia: usted tiene inventiva e imaginación. Nada más bello que el cuento de la maestra aventurera. Pero por ser del gremio usted debería callarlo. Eh; que no será ficción?

Lesbia saludó nuevamente y dió la espalda riéndose interiormente del apuro. Después reflexionó. Si las mujeres nos odiamos, si nada encontramos bueno ni moral, cómo haremos para defendernos de tanto ataque? ¿Dónde ese bloque que formaremos o que debemos formar para defendernos de tanta injusticia? Pero aunque sea así, el esfuerzo de todas nosotras las mujeres conscientes debe ir encaminado a conseguir la redención futura; a encauzar los pasos de esas mujercitas locas y odiosas por el sendero de una amplia y hermosa fraternidad, de un compañerismo sano y honrado. . . . No es la hora todavía, pero ella llegará y nuestras manos deben arrojar al surco y al voleo la simiente de un nuevo evangelio: el evangelio de

la comprensión, del amor, de la generosidad y del perdón. . . . Yo las amo a todas ellas a pesar de todo. Porque si éstas más adelantadas y que pretenden ilustración están en las tinieblas del corazón. . . . hoy las otras, las humildes? Pero la hora sonará en el cuadrante, y nosotras, como el Bautista en el Jordán de las liberaciones debemos alzar el agua lustral de todos los ideales de redención bajo la gloria de los cielos luminosos y a la sombra de los limoneros en flor. . . .

Se dijo, mientras la mirada penetrante de sus ojos negros se perdía a lo lejos, sobre los dorsos oscuros de la montaña lejana donde los pétalos de la gigantesca crisanthema sangrienta que borda el jarrón enorme del firmamento durante el día, se iban escondiendo lentamente . . . . . Y el reloj dió lentamente también sus campanadas . . . . .

Con un profundo suspiro Lesbia dijo: ¡Es aún muy temprano! ¡Aún falta mucho para el día, pero ya cuando él venga radiante con su aljaba de haces luminosos, mis pensiles espirituales estarán ricos de encendidas rosas y de pálidos lirios de bien y de verdad . . . . . . !

Y el cielo parecía de cobalto . . . .!!



La Razón Normativa y la Fe

«y antes la libertad del instinto, del yo, instinto sagrado por ingénito, irrebatible e insobornable, que es como la firma o impronta del pulgar divino en la materia plástica de cada ejemplar humano; en otras palabras: la libertad de conciencia frente a la tiranía del dogma religioso»

RAMON PEREZ DE AYALA.

I

ERA en un pueblecillo de la Sierra. Los altos y esbeltos cipreces parecían monjes solitarios que en los infinitos Breviarios luminosos de los cielos orasen su celeste, su muda oración. Divino rincón del mundo donde la mano omnipotente regase con prodigalidad sus mercedes. Allá a muy pocos pasos el torrente impetuoso saltaba entre las peñas, hirviente y atronador llenando con su rugido la concavidad formada por las rocas, negras e informes, que se veían coronadas por lindas diademas de frágiles flores de irisada espuma, como si fuesen amantes pétreas a quienes el torrente fuese a desposar ante el Ara regia de la Naturaleza, bajo las naves serenísimas de los cielos!

En los nidos piaban dulcemente los pichones de oropéndola, esas llamas ambulantes de la selva, llamas armoniosas y divinas, pájaros indianos que llevan en sus pechos el encendido de la sangre aborigen y en sus alas el negro de las grandes borrascas, el negro de la expiación y del dolor, y en sus buches melodiosos toda la armonía de esta raza de cobre que supo levantar muy alto su nombre frente al invasor, y que al hermanar su sangre en la cópula divina ha hecho surgir, la raza nueva, pujante y soberbia. ¡Pujante como sus Andes majestuosos, soberbia como el Amazonas, como el Plata, que van ciñendo con cinturones de diamantes la esbelta cintura de la gran virgen América que sueña su porvenir en su lecho de tules y de perlas, arrullada por los pífanos enormes de dos enormes mares . . . . . !

¡Divino cuadro! A lo lejos se oía el mugir de la vacada que el boyero, hermano de la zagala más linda del lugar, andaba apacentando en la ladera esmeralda!

Acostado sobre la fresca yerba, de cara al cielo, el padre Gonzalo meditaba, medía las distancias, pensaba en la solemnidad del juramento, en su actitud de hombre frente a los tribunales de la recta razón . . . . retorcíanse sus manos, crispábanse sus miembros bajo la presión de la garra angustiosa del deseo, del pecado, del remordimiento! ¿Acaso El era como otros donde el bruto se imponía acallando toda otra voz interior que viniese en ayuda de un alma próxima a naufragar, próxima a revolcarse en un lecho de llamas, tales como pinta el Dante a los precipitados de la lujuria?.... Y miraba sus manos aterrado; y escuchaba atormentado el dulce píar de los pajarillos que ofrecían su sarta melodiosa a los cielos, saludando a la Madre Naturaleza! Y oía el bra-

mar del torrente, y miraba la silueta esbelta y rígida de los cipreces solitarios, señores y reyes de la floresta! . . . Adentrándose en el azul cobalto de los cielos, como conciencias austeras, fieles, rígidas . . . ! Y él, por qué no sería así, por qué esta congoja, esta inquietud quemaba su frente, ardía en sus ojos, ululaba en su coracón como una fiera contrariada? Ah, parecía decirle una voz: ¡«Porque los pinos siguen una ley natural, porque el torrente y todo lo que te rodea en esta hora armoniosa y cruel no es sino el reflejo de la madre naturaleza, a cuyos designios es muy difícil oponernos, pues ella es una madre comprensiva, generosa, tolerante y fiel. ¿Por què los hombres se han trazado, pues, rutas sombrías, que según su escasa y miserable comprensión son rutas salvadoras que van contrapuestas con su miserable levadura? ¿Por qué para seguir a los Dioses pretenden hacerlo negando su carne pecadora frágil y dolida, su pobre lodo divinizado? ¿Acaso no es sintiendo el peso de la propia fragilidad que se pueden acercar a los dominios de lo perfecto? ¿Acaso los hombres pueden trazar normas eternas?»

Un sollozo parecía emanar de la garganta de aquel hombre, supliciado y vencido, de aquel hombre que por crueles y sacratísimos designios había sido destinado a apacentar hombres y que el Destino había llevado hasta aquel rinconcito idílico para desmadejar la seda multicolora de su palabra convincente y galana, para ganar almas para los dominios eternos, para hacer más asequible el dogma en aquellas mentes oscuras acostumbradas a vivir una vida puramente animal sin recordar que nuestros ojos espirituales deben abrirse ansiosos a la eterna e imperceptible luz, para alcanzarla para todas nuestras vidas ulteriores. . . .

A solas, hermanando sus recuerdos y sus ansias locas se le apareció imaginativamente Encarnación, la moza más bella del sagrado rebaño. Sus formas tentadoras y opulentas apenas cubiertas por el mal remendado zagalejo; sus grandes trenzas oscuras, adornadas con cintajos brillantes, sus ojazos negros donde parecían formularse las preguntas más atrevidas revestidas de una santa candidez.

Sus pechos, aquellos pechecitos erectos y tentadores que él, oculto entre los chupamieles y las cañas, había contemplado aquel día casualmente cuando ella, con la divina impudicia campesina se bañaba desnuda haciendo lucir su piel morena con el suave tono del ámbar herido por la luz. Y sus pantorrillas, un par de morenas y bien torneadas pantorrillas, desnudas y firmes, convidadoras al eterno goce, a la dulce voluptuosidad.

El aguijón del deseo parecía hincarse fiero en sus carnes, aquellas carnes miserables de predicador, que no habían podido purificar todos los cilicios y largas penitencias. ¡El pecado de nuestros padres ni bautismo, ni confesiones habían logrado borrarlo! Y recordaba sus largas noches de novicio. Y su celda estrecha y sombría, y el gran Cruxifijo de plata que pendía a la cabecera del mísero jergón de paja donde por penitencia dormía. Y las oraciones interminables y los ayunos agotadores. . . . Y nada. . . . Y nada. . . . el demonio del mundo asomaba sus negros cuernos entre el montón de rosas blancas que la jardinera del convento llevaba para ornar el ARA de la Virgen purísima domadora del demonio!

«Y desde entonces, Señor, cómo la angustia de sentirme hombre atenaceó mi carne, rompió en congojas mi corazón!» Si tus caminos, Señor, son tus caminos, y estamos destinados

a caer tantas veces bajo la Cruz de todas las tentaciones y de todos los dolores: si el mérito está en sabernos levantar, en limpiarnos las escupidas de los sayones y curarnos las heridas». . . . gemía el infeliz y el suave céfiro de la tarde parecía llevarse sus sollozos!

———

Encarnación, la gentil mocita que fué a confesar niñerías, Encarnación que era la encarnación del Deseo para su pobre cuerpo supliciado; que era bella como un rayito de sol cayendo entre la oquedad de su espíritu; que danzaba con su danza macabra y maldita sobre las páginas de su Breviario; que bebía en su copa, que compartía·su pan y que hacía eco a sus oraciones . . . . ¡Era la hora del Angelus! ¡Encarnación vendría! Acababan de caer despetaladas del viejo reloj las seis lentas campanadas! «Y el Angel del Señor anunció a María» . . . . Y los campos parecían envolverse en un velo finísimo de ópalos licuados, de misticismos extraterrenos y divinos.

Un ligero rozar de ropas anuncióle que su Adorada con paso cauteloso y veloz se acercaba.

—Tráigole estas flores para la novena! Dijo una dulce voz que lo estremeció como un contacto eléctrico.

Y seguidamente puso en el suelo su amada carga: rosas y jacintos, y tulipanes y gemelas. ¡Toda una carga perfumada apretaban sus bracitos morenos! —Díjome Madre que entregase a usted el Presente y que regresase pronto. ¡Son muy oscuras estas veredas por donde llego a casa! Dice sonriendo tímidamente.

Gonzalo mírala embobado; flores campesinas alfombran los pies desnudos de aquella flor salvaje aún más bella y lozana y aromada.

—Oye, Encarnación; subiremos la cuestecita ésa y llegaremos a espaldas de la Iglesita. Tú misma arreglarás las flores en los viejos jarrones de barro que me regalaron.

—Está bien; subamos; pero he de regresar pronto porque si nó me reñirían.

—No han de reñirte; ya saben que estarás en oración.

Pasaron por todo el arbolado que sacudía voluptuosamente sus copas perfumadas. Llegaron a la humilde y rústica iglesia. Atrás había anexo un cuartito desmantelado que hacía oficio de sacristía: libros allá; vasos y jarrones acullá. Del otro lado unas esteras, más acá almohadones rústicos de cretona con grandes flores y pajarracos, donativos sin duda de alguna poderosa y ridícula obsequiante. Gonzalo baña en una mirada anhelante aquel recinto, y dice a la muchacha:

—Oye, chica; arregla todas esas flores y se las llevas al viejo Esteban, el sacristán, para que las suba al altar. Y cuando hayas terminado avísame que quiero hablarte largamente.

—Ya terminé, y vengan esas palabras, que ardo en inquietud por saber sus deseos. Dícele sonriendo.

Sentados sobre los almohadones Gonzalo comenzó a hablar. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas ante el asombro de la virgen campesina que no acertaba a comprender tan grande desazón. Un murmullo de palabras dulces y armoniosas, arrulladoras y amantes poblaron aquel silencio bañado por el dulce resplandor de los luceros que se colaba de lo alto. Cuanto tiempo transcurrió así? . . . ¿Qué minutos de infierno o de gloria vivieron aque-

llas almas, sencilla la una, complicada y abstrusa la otra? Sería tan indiscreto el viento que arrebatase los secretos y los contase a los gnomos y a las hadas de la floresta? . . . Las manos de Gonzalo temblaban y apretaban convulsivamente las manos de la rústica doncella; su aliento ardía, y Ella abriendo desmesuradamente sus grandes ojos negros, formulaba la enorme, la aterradora, la maldita interrogación: ¿ . . . . ?

. . . .

. . . .

Los genios de la noche hurgaban quedamente el recinto. Los gnomos del templo miraban y oían: Miraban el puñado de claveles rojos de una virginidad vencida regados sobre los almohadones y sobre las esteras escuchaban la respiración acompasada de Gonzalo que se había quedado allí, olvidado y feliz, soñando que una escala luminosa le llevaba hacia los cielos, y que al pie de esa escala, Encarnación como un ser alado, sonreía, teniendo en sus labios una flor roja, inmensamente roja, y en sus ojos mucha luz!

II

Perdida su corona de azahares púdicos la muchacha vive nueve meses consecutivos en continuo sufrimiento. Por fin, una mañana en que el sol se levantaba peinándose alborozado su gran cabellera luminosa, sus venas viértense como lagares y de sus entrañas despréndese dulcemente el hijo de su amor, el hijo de su extravío. La vieja Dolores, la madre iracunda se entera y arma el consiguiente escándalo. Y yérguense los librepensadores haciendo gala del verbo y mofa del dogma! Y cre-

cen los dicterios y las protestas, y la rechifla y los gritos. Gonzalo tiene que salir por orden superior y casi corrido de aquellas gentes. Se prosterna y ora: Una voz que parece venida de los cielos, de muy alto, hace eco a su plegaria: «¿Acaso el hombre es santo? ¿Acaso su pobre lodo es divino, un rito puede cambiar en levadura celeste la maldita levadura nuestra con que se amasan todos los pecados, todas las aberraciones y todas las locuras? Nosotros tenemos que llevar sobre nuestros propios hombros una cruz más pesada que la del Cristo. El era Hombre-Dios y nosotros somos hombres, sencillamente hombres, que nos debatimos entre las cadenas del pecado para alcanzar las fuentes de la suprema Luz, de la suprema perfección. Por eso nos dejó las aguas lustrales del remordimiento y de la penitencia . . . . »

Y recordando dolidamente su hijo: «Y pensar que que no somos como todos los hombres; que no podemos procrear porque somos castos por fuerza; eunucos de un culto cruel llamado a regir solamente funciones espirituales . . . . y pensar que no podremos recoger nuestra sangre, formar nuestros hijos, dar al destino y a la vida algo que es la proclamación de nuestro YO. Algo que es la continuidad de nosotros dentro de los límites del tiempo y del espacio. Y pensar que tenemos que ser faros potentes y luminosos para alumbrar las pasiones ajenas, el mar embravecido de todos los vicios; y nosotros, nuestra luz no podremos legarla a un ser que habiéndose levantado de nosotros mismos pudiera tomar nuestra Antorcha para iluminar de una cima a otra cima todo el mundo que se revuelve a nuestros pies . . . . . . ¡La castidad, la imposible continencia! Juramento absurdo, doctrina cruel! Como si al ser

perfectos dentro de nuestra envoltura carnal tuviéramos que ser divinos al desconocer esta misma envoltura. Por qué todas las doctrinas tienden a revestir a sus pontífices ya llámense éstos Sacerdotes, bonzos, brahmanes, etc. de una santidad que es incompatible materialmente con su estado carnal?

La religión tiende sus alas para elevar al hombre sobre todos los apetitos del bruto; para redimirlo y colocarlo en el lugar a que éste es acreedor para que llene debidamente sus funciones . . . . ya llámese éste evangélica, masónica, teosófica, o Apostólica romana!

Sea el Apostol, el hombre divinizado en el momento en que despojándose de todo lo humano, eleva sus ojos a Dios y ofrece el sacrificio augusto de su vida y de su Ministerio; y después, pueda ser el hombre, carne de amargura, alma como una llama con aspiración a lo celeste. . . !

Gonzalo sacude sus sandalias antes de emprender nuevamente el camino que le marcan otras voluntades. Atrás queda abandonado su hijo, un hijo adorado que le llama con su garganta todavía muda, un brote de su carne que rodará como un guiñapo sacudido por todos los vendabales de la vida; una mujer que fué tan fuerte como el pecado, que dejó en sus jardines solitarios acaso la única semilla de una rara y prodigiosa y blanca flor. A los lados la sociedad ulula maldiciones y befas; la sociedad podrida y miserable que alardeando piedad y pureza, exige de un desventurado lo imposible, el sacrificio, que de realizarlo lo pondría en el plano de la Divinidad. La sociedad que nunca podría realizar una expiación semejante. . . . ¡Con sólo ser solitario un hombre está ya en el camino de la perfección! ¡Con solo tender las alas del espíritu hacia el dolor ajeno, hacia la colectiva amargura, se ganan las

cimas de la perfección! Pero esto no quiere comprenderlo, y airada lanza su falso anatema! Adelante queda el sendero equivocado, el camino que se tiende como una serpiente monstruosa cubierta por la sombra!»

Con lentos pasos el hombre va hacia la sombra . . . ! !

Nota de la autora:—Aunque desligado del resto del LIBRO por su índole feminista no lo está por su índole narrativa; por eso figura en él. No constituye un ataque al Clero. Este cuento se debe leer animado de comprensión y de bondad.



PAGINA FINAL

ANTE tus ojos bellos, lectora amable, han ido desfilando todas esas oscuras vidas de mujer: oscuras por lo vulgar, pero luminosas por el sufrimiento. En nuestra Hora, la mujer latina aherrojada con los anillos de todas las preocupaciones, de todos los prejuicios, carga sobre sus espaldas débiles el enorme bulto de la herencia de un pasado ruinoso y amargo, mientras que la mujer del porvenir se prepara sonriente a depositar a la vera del camino ese pesado bulto de fatalidad para seguir, erguida, sonriente y amable, un más ancho derrotero.

Si los hombres se han forjado un yunque cruel para nosotras las mujeres, quienes sómos las culpables sino nosotras mismas que no hemos sabido gestarlos? ¿No somos acaso nosotras sus formadoras, sus primeras maestras? ¿Por qué si pasadas generaciones nos han legado una moralidad carcomida no sentamos nosotras la nuestra, no moral acomodaticia, sino una moral puramente humana? El hombre será más puro cada vez que dé un paso hacia la selva, ha dicho un grande escritor. Digo yo:

el hombre será más puro cuando su divinidad, la divinidad de su pensamiento la siente sobre la base de su barro dolido. Mientras pretenda negar el barro, el error quedará en pie. ¿Y no es eso lo que pretenden nuestros abstrusos moralistas?

Libertad para la mujer, libertad de pensamiento y de acción. Ya el legistador dió un paso emancipándola al disponer la señora de sus bienes en el hogar; ya el legislador engrandeció la Madre dándole puesto igual al hijo ilegítimo ante las leyes. Pero la sociedad le niega este derecho, y más que la sociedad, nuestra flaqueza de espíritu, nuestra debilidad que ya no tiene razón de ser en estos minutos en que el cielo americano se vé preñado de nubes rojas, y suena a lo lejos la trompeta liberadora llamando a cada uno a la conquista de sus derechos!

Nosotras . . . . . . ah, nosotras, no estamos preparadas. El camino está por hacer. Necesita nuestra mujer una sólida ilustración, y salir a la lucha, la lucha económica para conquistar allí nuestra independencia, que nos dará la verdadera libertad, porque mientras la esclavitud económica en nosotras se deje sentir, siempre continuaremos siendo las débiles, e iremos atadas con argollas de hierro al carro de triunfo de los déspotas y de los tiranos.

En medio de esta noche, es mi voz la primera y débil clarinada! Más tarde, quizá muchos años después de mi escapatoria de este planeta, vendrá la mujer fuerte que yo sueño. Y como un nuncio, quedará este libro mío que contiene narraciones sombrías, relatos dolorosos de vidas de mujer que nosotras las rebeldes debemos tratar de borrar de nuestra historia.

Por eso, estas páginas que serán a manera de lámpara votiva para aquella mujer fuerte que me concibió y que dió a los vientos su mensaje de eternidad en mi palabra tajante y rebelde, va dedicado a todas las mujeres salvadoreñas. Para ti, pues, lectora, especialmente ha sido escrito. Son sucesos de la vida real que nos prueban la debilidad de nosotras mismas que estamos llamadas a desempeñar más tarde un verdadero y hermoso destino entrando a figurar en el concierto de mujeres continentales que hacen labor por la patria y por la raza.

Y no va él a manera de plegaria, él va como una admonición y como un reto. No va perfecto por su corte ni por su estilo: escrito fué en minutos de ensoñación y de rebeldía, en los claros de esta mi vida tempestuosa que ha hecho de la Lucha su verdadero, su altísimo dogma. De esos predios, pues, iluminados por un ardiente y terrible sol, he cortado esas flores rústicas, sin artificios retóricos, pero empurpuradas con la sangre de tantos corazones generosos que han sabido sentir e iluminadas con el fulgor de mis ojos escrutadores que en medio de la sombra han sabido percibir la majestuosa luz de la redención que ya se cuela a través de los ventanales de nuestros sagrados templos solitarios.

Como en la mitológica CAJA en esta caja encerradas van; tómalas y al bañarlas con el claror de tu mirada, envía un recuerdo hasta este sitio solitario donde esta soñadora vive en sus delirios de forjadora y de esteta, labrando joyas finísimas para tí!!

FIN